

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# LA SEÑORA, SUS ÁNGELES Y EL DIABLO

Edición de Víctor García Ruiz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La señora, sus ángeles y el diablo”:  
Víctor García Ruiz.

## LA SEÑORA, SUS ÁNGELES Y EL DIABLO

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

Estrenada en Madrid, en el teatro Infanta Beatriz, 10 de enero de 1948,  
por la compañía Bassó-Navarro

## REPARTO (por orden de aparición en escena)

MARGARITA.....	M. <sup>a</sup> Esperanza Navarro Bassó
UNA DONCELLA.....	Rosario Molina
CÁNDIDA.....	María Bassó
LUCÍA.....	Paquita Ferrandiz
PEDRO.....	José Granja
BASILIO.....	Nicolás Navarro
JAIME.....	Pedro Gil
MÚSICO 1. <sup>o</sup> .....	Blanch
MÚSICO 2. <sup>o</sup> .....	Larra
MÚSICO 3. <sup>o</sup> .....	Escamilla
MÚSICO 4. <sup>o</sup> .....	Avilés
MÚSICO 5. <sup>o</sup> .....	Gamborino
DONCELLA 1. <sup>a</sup> .....	[ilegible]
DONCELLA 2. <sup>a</sup> .....	Molina

PRÓLOGO<sup>1</sup>

Fondo oscuro de cortinas en primer término. Delante dos biombos, uno blanco y otro azul, bastante distantes entre sí, compuestos de tres paramentos –uno de foro y dos de laterales– de poca altura. Ante cada uno de los dos biombos hay una mesita con teléfono, un silloncito y una pantalla de luz, en igual color que el biombo respectivo. Todo muy sencillo y delicado.

*(En el departamento blanco, aparece sentada Margarita. Lleva una bata de noche larga, está pensativa y tiene un libro sobre las rodillas. Hace ademán de tomar el auricular del teléfono, pero se detiene. Una pausa y una sonrisa. Al fin marca un número en el aparato y comienza a repiquetear el timbre en el teléfono del departamento azul. Margarita espera. Junto al departamento azul surge una Doncella. Viene arreglándose el cabello porque, indudablemente, dormía. Se dirige al aparato y descuelga)*

DONCELLA.—¡Jesús! Llamar por teléfono a las dos de la madrugada... Diga. ¿Quién es?

MARGARITA.—*(En su departamento siempre)* ¿La señorita Cándida? Por favor.

DONCE.—La señorita Cándida duerme ya, seguramente. Está muy cansada. Acaba de regresar de un viaje larguísimo...

MARGA.—Lo sé... Pero necesito hablar con ella: díglele que la llama su sobrina Margarita.

DONCE.—¡Anda! *(Muy contenta)* Avisaré a la señorita Cándida, que se alegrará muchísimo. ¡Quiere tanto a la señora! A mí me habla a todas horas de la señora. Es que la señora es de lo que no hay...

MARGA.—*(Sonríe)* Muchas gracias.

DONCE.—Es justicia. Con permiso. *(Deja el auricular sobre la mesa)* ¡La pobre! Como si un hombre mereciera tantas lágrimas... Si fuera una... *(Y se va llamando)* ¡Señorita! ¡Señorita Cándida!

*(Sale. Margarita espera en su departamento. En el departamento azul, aparece enseguida Cándida, seguida de la Doncella. Es*

<sup>1</sup> En febrero del 48, María Bassó y María Esperanza Navarro representaron este Prólogo como «animado fin de fiesta» en la Despedida de Celia Gámez del teatro Alcázar; la famosa «vedette» decidió dedicar el beneficio a las vicetiples (Ya 4 feb. 1948).

*una mujer de cierta edad sin que los años hayan entristecido en absoluto sus ojos vivos y su sonrisa alegre. Viene ciñéndose apresuradamente un salto de cama)*

CÁNDIDA.—(Con alegrísimo sobresalto) ¿Margarita? ¿Mi sobrina? ¿Estás segura?

DONCELLA.—Sí, sí, señorita. ¡La misma!

CANDI.—¿Cómo es posible? ¿Qué ha sucedido? (Abalanzándose al teléfono)

¡Margarita! ¡Sobrina! Me pillas por casualidad levantada. ¿Eres tú?

MARGA.—¡Tía Cándida!!

(Sale la Doncella)

CANDI.—¡Ay, sí! Eres tú, Margarita, preciosa, chiquilla. Tú, tú... ¿Dónde estás?

MARGA.—En mi casa. En el hotel del Hipódromo,<sup>2</sup> como siempre, desde hace un año.

CANDI.—¡Ingrata! ¡Ingratísima! Olvidarse hasta de la tía Cándida. Cómo has podido soportar un año de lágrimas de soledad. Y todo por qué. ¡Porque se murió tu marido!

MARGA.—¡Tía Cándida! Yo, entonces, hubiera querido morirme.

CANDI.—¡Calla! No seas loca. Pobrecita. Morirte tú por una tontería.

MARGA.—¡Tía Cándida! Mi marido no era una tontería.

CANDI.—Desde luego. Estaba muy bien. Pero una mujer por muy joven que se quede viuda, y por muy romántica que sea, nunca se debe morir de pena. Las muertes por amor ya no ocurren más que entre la clase media, que todavía son muy sentimentales...

MARGA.—¡Qué loca eres! No has cambiado nada...

CANDI.—Poquísimo. Siempre que emprendo un viaje lo hago con la intención de cambiar de carácter, pero es inútil. A la vuelta, soy la misma. ¡Oh! Esta vez he recorrido medio mundo. Italia, París, Londres. Estuve en Capri y en Mallorca. A mí me gusta mucho ir a los sitios solitarios, porque como siempre están llenos de gente, se pasa muy bien...

MARGA.—(Sonríe) ¿Alguna aventura?

CANDI.—Nada. Ni una. (Un suspiro) En los viajes, los hombres no hacen más que vulgaridades. Cuando pasa el tren por Burgos siempre le dicen a una dónde está la Catedral, como si no la viera todo el mundo. Pero de amor,

<sup>2</sup> *hotel*: en el sentido de 'casa particular, más o menos aislada de las colindantes y habitada por una sola familia', no 'establecimiento de hostelería'. El Hipódromo era la zona final del Madrid de entonces, hacia el norte; zona residencial de colonias con «hoteles», como El Viso.

ni una palabra. Es inútil. Creo que ya he perdido la esperanza de encontrar un marido...

*(Ríe Margarita)*

Claro que no voy a negarte que sigo flirteando.

MARGA.—Pero, tía Cándida...

CANDI.—Sí, hijita. Me gustan casi todos...

MARGA.—*(Riendo)* ¡Oh!

CANDI.—*(Otro suspiro)* Hija mía, las mujeres nos dividimos en dos clases: unas gustan a los hombres; a las otras les gustan los hombres. Dímelo a mí que soy de las segundas. Tú, en cambio, eres de las otras. Siempre tuviste para todos un atractivo especial. Huérfana y rica, desde muy niña, a mi cuidado, que fíjate tú qué cuidado. A los diez y ocho años sales del colegio, y ya tenías cinco pretendientes; a los veinte te enamoras como una loca, a los veintiuno te casas, y a los veintidós te quedas viuda... Me parece que no te puedes quejar de la vida.

MARGA.—¡Tía Cándida! ¡No digas disparates!

CANDI.—Es que las chicas de ahora lo hacéis todo muy deprisa. Antes, hay que ver lo que tardaba una mujer en quedarse viuda... Una enormidad. ¡Como que todos se morían jubilados! Y lo de casarse, no digamos. ¡Todavía no me he casado yo!

*(Ríe Margarita)*

En fin, a mí me enseñan la Catedral de Burgos y tú les vuelves locos.

MARGA.—¡Oh, tía Cándida!

CANDI.—¿Te ruborizas? Haces bien. El rubor no falla nunca. A los hombres les encanta. Es lo que más tarda en aburrirles... *(Transición)* Naturalmente, tú no me has llamado por teléfono a esta hora, para preguntarme por mis correrías. *(Ríe)*<sup>3</sup> ¡Ay! No digas, no digas. Estas horas de la madrugada para nosotras son peligrosísimas... Yo lo paso muy bien porque cierro los ojos y me invento cada aventura... Lo trágico es despertar a la mañana siguiente. A veces, creo que muchas mujeres son virtuosas porque duermen como leños. Las otras, pobrecitas, es que padecen de insomnios. Di, Margarita, ¿estás tú, ahora, en una madrugada así?

---

3 En el original: ¿Qué te sucede, Margarita?

MARGA.—(*Débilmente, con los labios pegados al auricular*) Creo que sí...

CANDI.—¡Ay! ¡Ay! Cuenta, cuenta. ¿Hay otro hombre en tu vida?

MARGA.—¡Sí!

CANDI.—¡Oh! ¿Quién es?

MARGA.—(*Con desaliento*) ¡No lo sé!

CANDI.—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

MARGA.—Que no sé quién es, tía Cándida. Por eso te llamo. Para que me ayudes.

CANDI.—¿Eh? ¿Para que te ayude yo a saber quién es el hombre que hay en tu vida, que no sabes quién es?

MARGA.—¡Sí!

CANDI.—(*Extrañadísima*) ¡Caramba!

MARGA.—Escucha. Me sucede lo más sorprendente que le puede ocurrir a una mujer... ¿Me oyes bien?

CANDI.—¡Figúrate!... Con lo curiosísima que yo soy. No pierdo una palabra.

MARGA.—Verás... La aventura empezó a los pocos meses de morir mi marido. Una mañana, recibí una carta con sellos de París.

CANDI.—¿Una carta de París?

MARGA.—Sí... Voy a leértela. Escucha. ¡Y asómbrate!! (*De un cajoncito de la mesa extrae un pequeño pliego y lee*) «Señora doña Margarita Valdés, viuda de Montiel. Señora, no me conoce usted. Soy un desconocido. Me llamo Leonardo».

CANDI.—¿Leonardo?

MARGA.—¡Leonardo!

CANDI.—¡Qué simpático! Me gusta. Sigue...

MARGA.—«Me llamo Leonardo. Soy un hombre joven, no mal parecido, tengo mucha imaginación, y soy un optimista. Claro que estas cualidades mías tienen para usted muy poca importancia, pero hay algo más que la interesa a usted extraordinariamente. Señora, yo estoy enamorado de usted...».

CANDI.—(*Casi en un grito*) ¡Margarita!

MARGA.—¡Tía!

CANDI.—¡Caramba con Leonardo!

MARGA.—¿Has oído, eh? Pues espera. «La adoro. Naturalmente usted no me conoce, ni sabe quién soy. Pero no es necesario. Usted se enamorará de mí. Estoy seguro».

CANDI.—¿Dice que está seguro?

MARGA.—(*A punto de llorar*) Sí, tía Cándida. Está segurísimo. ¿No es una frescura?

CANDI.—Verdaderamente. Este Leonardo es tremendo.

MARGA.—Escucha, escucha. (*Lee otravez*) «Señora, todo eso de la compenetración en el amor son tonterías que dicen los que no se han enamorado nunca... El amor perfecto no es el de Romeo y Julieta, que es trágico y resulta molestísimo sino cuando uno de los dos quiere y el otro se deja querer. Luego resulta que el que más quiere es el que se deja querer. Usted, naturalmente, se dejará querer por mí. Y me amará usted localmente».

CANDI.—(*Estupefacta*) ¡¡Asombroso!! ¡Leonardo es un genio!

MARGA.—Espera... (*Lee*) «La conozco a usted desde hace mucho tiempo. He esperado hasta ahora para declararle mi amor porque hoy se cumplen seis meses de luto riguroso por la muerte de su marido. A mí me gusta mucho guardar las formas».

CANDI.—¡¡Anda!!

MARGA.—«Ahora, cuando empieza para usted el alivio de luto, creo que no es incorrecto declararme. Es el momento psicológico de las viudas».

CANDI.—¡¡Lo sabe todo!!

MARGA.—(*Indignadísima y estrujando la carta entre sus manos*) ¡Es odioso! ¡Aborrecible! ¡Es un desahogado! Un fresco. ¿Quién es este individuo? «Señora, la amo a usted. Yo soy Leonardo». Pero, Dios mío, ¿con qué derecho?

CANDI.—Querida: me parece que a este Leonardo le importan muy poco los derechos... (*Gozosísima*) Dime, dime, ¿ha vuelto a escribirte?

MARGA.—¡¡Oh!! A los pocos días de esta carta recibí otra pidiéndome permiso para tutearme.

CANDI.—¿Tan a prisa?

MARGA.—Como te lo digo. Y después, cartas, cartas y cartas. Todas las semanas. A veces tres días seguidos. Aquí están todas. (*Agita muchas cartas en el cajoncito*) ¡¡Ciento cuarenta cartas y cinco telegramas!!

CANDI.—¡Qué bárbaro! ¿Telegramas también?

MARGA.—También. Mira. Te leeré este. Es de París. En el otoño último. Dice así: «Estoy en lo más alto de la Torre Eiffel. Es de noche. Las estrellas en el cielo se han reunido para dibujar un nombre: Margarita. Adiós, tesoro mío. Leonardo».

CANDI.—¡Tesoro mío! ¡Las estrellas! ¡La torre Eiffel! [sic] (*Extasiada*) ¡Ay! ¡Eso es un hombre!



MARGA.—Esta carta de diciembre... «Margarita, estoy en Hungría, en la misma orilla del Danubio. Cinco músicos, los cinco rubios y los cinco muy tristes, tocan con sus violines mi vals favorito, “Voces de primavera”».<sup>4</sup>

CANDI.—¡Dios mío! ¡Qué romántico!

MARGA.—¿Verdad que sí? (*Sigue leyendo*) «Una noche como esta tú y yo bailaremos muy juntos mientras otros cinco músicos, tan tristes como estos, tocan con sus violines. Adiós. Te adoro. Leonardo».

CANDI.—¡Y siempre Leonardo!

MARGA.—¡¡Siempre!! Desde París, desde Hungría, desde cualquier lugar del mundo. ¡Hasta desde Hollywood me ha escrito, tía Cándida.

CANDI.—¿Desde Hollywood? Pero ¿quién es este hombre?

MARGA.—¡Si lo supiera! ¡Si pudiera averiguarlo yo! Pero es inútil. Sus cartas son todas iguales. Un papel blanco escrito a máquina, y un nombre al pie: Leonardo. ¡Leonardo! ¡Siempre Leonardo! (*Exaltadísima*) ¡Y nada más! Ni un nombre. Ni una dirección. Ni un retrato... ¡Hollywood, París, el Danubio! Te quiero, te adoro. ¡Y así desde hace seis meses! Toda mi vida está pendiente de esa palabra, de ese nombre absurdo: ¡¡Leonardo!! Desde hace seis meses solo pienso en él...

CANDI.—(*Pensativa*) Oye, oye. De manera que mientras todo Madrid te creía loca de dolor por la muerte de tu marido, ¿tú pensabas en Leonardo?

MARGA.—(*Llora*) Sí, tía. Es una vergüenza.

CANDI.—Mujer, tanto como vergüenza... Es un timo.

MARGA.—¡Oh!

CANDI.—Pero no te preocupes. En el fondo, cuando las mujeres lloramos siempre le damos el timo a alguien...

MARGA.—¡Oh, tía Cándida, por favor! Dime qué piensas tú de Leonardo...

CANDI.—Pche... ¿Qué quieres? Mi opinión no tiene ningún valor, porque me gustan todos. Y Leonardo, muchísimo más.

MARGA.—¡¡Oh!!

CANDI.—¡Naturalmente! Un hombre que salta tranquilamente desde la Torre Eiffel al Danubio, y luego a Hollywood. Que te ama en cualquier lugar del mundo. Un caballero que conquista a las mujeres por carta, mientras los demás hombres se pasan la vida poniéndole defectos al servicio de Correos... ¡¡es un hombre irresistible!!

MARGA.—(*Enojada*) ¡No crearás que mi deber es enamorarme de Leonardo!

4 *Voces de primavera*: es el opus 410 de Johann Strauss (1825-1899), de 1881. Puede localizarse fácilmente en la Red -por ejemplo: <http://www.youtube.com/watch?v=hk-SXgKcsqI>. 5 de marzo 2010.

CANDI.—(*Sonríe*) Por Dios, querida. El amor no es más que un estado de curiosidad. Y tú estás muerta de curiosidad. Tú ya estás enamoradísima de Leonardo...

MARGA.—(*Indignada*) ¡¡No es verdad!!

CANDI.—(*Se asusta*) ¡¡Margarita!!

MARGA.—¡¡No es verdad!! (*Suelta el auricular sobre la mesa y se pone en pie*) ¡¡No es verdad!! ¡No, no, y no! (*Anda desolada de un lado a otro de su habitación y habla para sí misma con verdadero coraje. Los sollozos le cortan la voz*).

CANDI.—¡¡Margarita!! *Golpea nerviosamente el contacto del auricular*) Margarita... Contesta. ¿Te ha sucedido algo?

MARGA.—(*Como antes*) ¡Enamorarme yo de un hombre que no he visto en mi vida, que solo sé que se llama Leonardo!

CANDI.—¡Margarita! ¿Te has desmayado?

MARGA.—Vanidoso, insoportable, presuntuoso, cínico... ¡Cínico! ¡Me gustaría tenerle ahora cerca de mí para darle un par de bofetadas!

CANDI.—(*Deja también su auricular sobre la mesa y llama*) María, María... ¡Pronto!

*(Entra la Doncella)*

DONCELLA.—¡Señorita!

CANDI.—Ve a la calle. Busca un taxi. Voy a hora mismo a casa de mi sobrina. ¡Corre!

DONCE.—¡Ay, sí señorita! Ahora mismo.

*(Y sale. Cándida corre otra vez hasta la mesita, golpea el auricular y llama nerviosamente)*

CANDI.—Margarita, Margarita...

*(Mientras, Margarita ha cesado en su agitación. Rendida, agotada, cae en el sillón, oculta la cara entre las manos y llora. Pero ahora es un llanto dulce, confortante, dichoso. Alza la cabeza. Ve el auricular sobre la mesa, lo toma y oye la voz angustiada de Cándida)*

MARGA.—Tía Cándida...

CANDI.—¡Al fin! ¡Qué susto me diste!

MARGA.—Perdóname. (*En voz muy baja*) Creo que tienes razón...

CANDI.—(*Emocionada*) ¡Oh!

MARGA.—Desde que recibí su primera carta su nombre no desaparece de mi imaginación. Leonardo, Leonardo... ¡Leonardo! Siempre Leonardo. Es un nombre precioso. Suena maravillosamente. Tan arrogante, tan masculino. Y luego, ese desenfado tan encantador. Esas cartas llenas de amor y de alegría. (*Tiernamente*) ¡Es un fresco!

CANDI.—De alivio, hija mía.

MARGA.—(*Sonríe*) Pero debe de ser ideal... ¿Recuerdas lo de la Torre Eiffel? Las estrellas del cielo dibujan un nombre: Margarita. ¿No es delicado?

CANDI.—¡Ay, hijita! (*Suspira*) Delicadísimo.

MARGA.—No hay duda de que está muy enamorado de mí... Tenemos los mismos gustos. También mi vals preferido es «Voces de primavera».

CANDI.—¡Qué casualidad!

MARGA.—Debe de ser guapísimo...

CANDI.—¿Tú crees? Pero si no le conoces.

MARGA.—Dice que no es mal parecido. ¡Figúrate! Cuando un hombre como él dice eso...

CANDI.—¡Ah, ya! Cuando él lo dice...

MARGA.—Pero es todo tan extraordinario que, tiemblo, cuando pienso que dentro de unas horas...

CANDI.—¿Cómo?

MARGA.—Sí, tía Cándida. Es que aún no te he dicho lo más importante. Hoy he recibo su último telegrama. Óyelo. (*Y lee*) «Llegaré mañana, noche».

CANDI.—¡¡Mañana!! ¡Jesús!

MARGA.—«Me gustaría que en mi honor organizaras una pequeña fiesta en la que tú volvieras a ser la heroína romántica que yo soñaba allá, en la orilla del Danubio. Te envío un traje que he comprado a un anticuario de París y que perteneció a Margarita Gautier... Es lo más romántico que tengo a mano. Quiero lo luzcas mañana».

CANDI.—¡Fabuloso! ¿Y has recibido el vestido?

MARGA.—Sí, tía. Ha llegado esta tarde. Es una maravilla.

CANDI.—¿Es auténtico?

MARGA.—Nada de eso... Ya te he dicho que es una maravilla.

CANDI.—¡¡Enorme!! ¡¡Asombroso!! Viene mañana. Quiere que le organices un homenaje. Te manda un traje de la Dama de las Camelias, recién hecho... Bueno, si cuando era muchacha me hubieran ocurrido estas cosas. Pero, quia. En aquellos tiempos, uno de Aduanas nos parecía una fantasía...

MARGA.—¡Mañana! ¡Mañana, Leonardo, mi amante desconocido, estará delante de mí! Como es tan atrevido será capaz de besarme...

CANDI.—Es lo natural.

MARGA.—Y entonces se descubrirá el misterio y sabré quién es Leonardo. Pero hasta mañana... *(Transición)* ¡Tía Cándida! Mañana te necesito. Daré una fiesta en el jardín de mi casa. Al final Leonardo será la sorpresa de mis amigos. Solo tú conoces mi secreto. Todos ignoran la llegada de Leonardo. Y no deben saberlo hasta el fin. Confío en ti.

CANDI.—*(Contentísima)* Descuida. ¡Será una noche emocionante! Tú, vestida de Margarita Gautier... Muchísimos hombres de «smoking». De pronto, un desconocido que llega y dice: Yo soy Leonardo. Tú caes en sus brazos y desapareces con él. Y yo me quedo sola en el jardín a media luz, rodeada de «smokings». ¡Oh! ¿A cuántos caballeros has invitado?

MARGA.—Hombres, unos quince. Luego, la orquesta.

CANDI.—*(Encantada)* ¡Quince y la orquesta! ¡Qué noche! No faltaré.

MARGA.—*(Sonríe)* Entonces, hasta mañana, tía Cándida. No puedo más... Estoy muy emocionada.

CANDI.—Lo creo. Descansa, Margarita.

*(Margarita cuelga el auricular. Cándida sonríe)*

Y sueña...

*(Cuelga también su aparato. Margarita se retrepa en su sillón y se ensimisma)*

MARGA.—Leonardo...

*(Entra precipitadamente la Doncella en el departamento de Cándida)*

DONCELLA.—Señorita, señorita. El taxi.

CANDI.—Despídelo. Ya no hace falta. Ha llegado demasiado tarde. *(Sonríe)* Es maravilloso, sencillamente maravilloso. *(Transición)* ¡Quince y la orquesta!

TELÓN

## ACTO PRIMERO

Un pequeño saloncito íntimo, de encantador vaho femenino, en la planta baja del hotel que habita Margarita en el Hipódromo. Son las once de una noche suave de primavera. Se presiente que en la estancia contigua está instalado el «boudoir» donde la dueña de la casa cambia de vestido a la mañana, a la tarde y a la noche. A un lado –izquierda del espectador– hay un ventanal de grandes dimensiones, cuyo alféizar está a unos cincuenta centímetros del suelo, de forma que puede verse casi en absoluto a las personas que surjan en el jardín; las vidrieras ocupan parte del lateral, un chaflán y parte del foro que avanza. Al fondo, embocadura que da paso a otro salón. Una puerta que lleva al jardín, y otra de entrada a la alcoba. Una gran espejo. Un amplísimo sillón de orejas. Junto a él, una mesita con pantalla de luz y unos libros. Flores. Un clima de deliciosa intimidad. Sobre el sillón, un primoroso traje romántico estilizado, a lo Margarita Gautier...

*(Se levanta el telón. Entra Margarita. Viste una bata de casa. Se dirige al balcón, seguida de Lucía. Esta es una doncella joven, bonita y alegre. Margarita, nerviosa y desasosegada, habla desde el ventanal, dirigiéndose a alguien que está en el jardín)*

MARGARITA.—¡Pedro! ¡Pedro! Recomiende usted a los músicos que durante toda la noche toquen muchos valsos. Sí, sí; cosas románticas de Hungría y del Danubio... *(Escucha)* ¿Cómo? Muy bien. Pues que toquen «El Danubio Azul». A mí me encanta. *(Se vuelve)* ¿A ti te gusta «El Danubio Azul», Lucía?

LUCÍA.—Sí, señora. Muchísimo. Cuando lo toca la Banda Municipal, me hace llorar.

MARGA.—Lo creo... ¡Ah, Pedro! También quiero que toquen «Voces de primavera». Es mi vals. Que lo toquen dos, o tres, o cuatro veces. Que lo toquen mucho. ¡Ah! Conviene que en el jardín haya poca luz. Apague usted los faroles grandes. Eso... Así el baile resultará más romántico. *(Se marchaba, pero vuelve otra vez al balcón)* ¡Pedro! Ponga usted más flores en el vestíbulo... No, nada más. Si se me ocurre algo, llamaré. ¡Lucía!

LUCÍA.—¡Señora!

MARGA.—Vigílo tú todo. Dame el vestido. Voy a arreglarme enseguida. *(Lucía le entrega amorosamente el vestido)* No, no te necesito. Cuida de que no falte nada. Las flores en el «hall»; el jardín a media luz. *(Sonríe)* Así todo será más fácil. Y luego, de fondo, «Voces de primavera». *(Transición)* ¡Lucía, por Dios,

recomienda a los músicos que no dejen de tocar «Voces de primavera» ¡¡Es importantísimo!!

*(Y sale. Lucía sonrío viéndola marchar. Apenas desaparece Margarita, surge del fondo, y cautelosamente, Pedro. Este Pedro es un viejo criado de pelo muy blanco. Como todos los viejos criados, se siente un poco propietario de cuanto le rodea. Se detiene ante Lucía. Ella le mira y sonrío benévola)*

PEDRO.—¡Lucía! Es imprescindible que yo hable con la señora...

LUCÍA.—¡Pedro! ¿Ocurre algo de particular?

PEDRO.—¿Le parece a usted poco? *(Gravemente)* Esta noche hay una fiesta en esta casa... La señora olvida sus obligaciones. ¡La señora es una viuda llena de dolor! ¡La señora no es la viuda alegre!

LUCÍA.—*(Sonríe)* ¡La señora tiene veintitrés años!

PEDRO.—¡Si el difunto señor levantara la cabeza, desaprobaría la fiesta de esta noche!

LUCÍA.—¡Seguro! Los hombres son egoístas hasta después de muertos...

PEDRO.—*(Severísimo)* ¡¡Lucía!! ¡¡Más respeto para la memoria del señor!! *(Casi se seca una lágrima)* El pobre señor... Aquel santo. Antes de morir me llamó a su lado y me dijo: «Pedro, mi mujer se queda sola. Es una niña. Sé como un ángel para ella. ¡Pedro! Tú serás el ángel bueno de mi mujer...». Y aquí me tiene usted desde hace un año cumpliendo las órdenes del señor. Al principio todo iba bien. Pero desde hace seis meses aquí hay un misterio...

LUCÍA.—¿Desde hace seis meses?

PEDRO.—Sí, Lucía. Desde aquella tarde en que la señora mandó quitar de esta habitación el retrato del difunto señor. Aquello me olió muy mal. Pero lo de esta noche es más grave todavía. Yo, que soy el ángel de la señora, por disposición del señor, no puedo autorizar lo que aquí va a ocurrir esta noche.

LUCÍA.—Pero ¿qué hay aquí esta noche?

PEDRO.—Una juerga.

LUCÍA.—No exagere. Es un guateque.

PEDRO.—Da igual. Es que ahora, como a las juergas asisten las señoras decentes, las han cambiado el nombre... Estoy escamadísimo, Lucía.

LUCÍA.—¿De veras?

PEDRO.—Sí. Por la mañana me ha dado la señora una lista con los invitados que espera esta noche. La señora decía que eran veinticinco. Yo los conté y

son veinticuatro. Se lo dije a la señora, se pudo muy nerviosa y me dijo:  
¡Naturalmente, Pedro, es que se ha olvidado usted de Leonardo!

LUCÍA.—¿Leonardo?

PEDRO.—¡Leonardo! ¿Quién es Leonardo?

LUCÍA.—No lo sé... Pero desde hace una temporada la señora, cuando duerme y sueña, pronuncia ese nombre.

PEDRO.—¿Leonardo?

LUCÍA.—¡Leonardo!

PEDRO.—¡Malo! Esto de que la señora sueñe me da muy mala espina. Es mucho más grave que mandar al desván el retrato del señor. Y lo del jardín a media luz, no me gusta nada. La señora es joven, bonita y rica... Cualquiera desvergonzado puede enamorarse de ella.

LUCÍA.—¡Ay, sí! (*Nostálgica*) Era una chiquilla y ya volvía locos a los muchachos. Y de casada, no digamos, se enamoraban de ella todos los amigos del señor...

PEDRO.—Recuerde usted que al señor le hacía muy poca gracia...

LUCÍA.—El señor estaba un poco anticuado.

PEDRO.—(*Severo*) ¡El señor era un caballero!

LUCÍA.—¡Claro! Ya digo que estaba anticuado... (*Sonríe*) Yo no sé lo que tiene la señora. Pero la verdad es que no falla nunca. Se enamoran de ella todos los hombres que la conocen... (*Sonríe con picardía*) Usted mismo, Pedro, está enamorado de la señora.

PEDRO.—(*Palidísimo*) ¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted?

LUCÍA.—¡Que está usted enamorado de la señora!

PEDRO.—¿Yo? ¡Usted está loca! (*Se deja caer desfallecido en un sillón y se seca el sudor*) No, no es amor... Es otra cosa... La señora me emociona, no lo puedo remediar. Eso sí. A veces, cuando la miro se me saltan las lágrimas... (*Transición*) ¿Cómo lo ha adivinado usted?

LUCÍA.—(*Superior*) ¡Por Dios! Es muy fácil.

PEDRO.—(*Aterrado*) ¿Se me nota mucho?

LUCÍA.—A veces. Anoche, cuando sirvió usted el café a la señora, estaba usted nerviosísimo.

PEDRO.—(*Ruborizado*) Es que anoche la señora se puso la bata azul. Lucía, cuando la señora aparece con la bata azul, me vuelvo loco. Es el color que mejor le sienta. ¡Digo! (*Emocionadísimo*) Pues mire usted que cuando se pone los pantalones blancos y empieza a correr por el jardín... Como que a mis años me estoy aficionando al deporte.

LUCÍA.—(*Ríe*) ¡Oh! ¡Pobre Pedro! Durante este último año, ha sido usted completamente feliz. Solo quiere usted verla y oírla a diario... Es usted un



romántico. Pero la señora ha decidido volver a vivir, y si se la lleva otro hombre, el pobre Pedro será muy desgraciado.

PEDRO.—¡Lucía! ¿La señora sospecha?

LUCÍA.—No. Todavía, no.

PEDRO.—Menos mal. *(Una cortísima pausa. Pedro, poco a poco, se tranquiliza y, al fin, casi contento, levanta los ojos hacia Lucía)* ¿La señora estará guapa esta noche?

LUCÍA.—¡Preciosa!

PEDRO.—Entonces, ¿está contenta?

LUCÍA.—¡Naturalmente! Pero está un poco disgustada con usted.

PEDRO.—*(Aterrado)* ¿Conmigo?

LUCÍA.—Sí. Esta mañana ha despedido usted al pobre Domingo. Y sin motivo. Era un buen chico y un criado muy trabajador.

PEDRO.—*(Un poco siniestro)* Tengo mis motivos. Domingo era un insolente. ¡Se estaba enamorando de la señora!

LUCÍA.—¡Otro!! Lo dicho: no falla uno.

PEDRO.—Un atrevido. Encontré en su mesilla de noche unos versos dedicados a la señora... Decía que la señora era su amor imposible. Domingo es un cursi.

LUCÍA.—¡El pobre Domingo!

PEDRO.—Por eso le he despedido... Ahora estoy vigilando al chófer.

LUCÍA.—Pero ¿también Basilio? ¡¡Qué horror!!

PEDRO.—¡Digo! Cuando vino a esta casa, se pasaba la vida cantando. Ahora no hace más que suspirar...

*(Entra Basilio. Es el chófer de la casa. Uniforme de gran lujo. Da vueltas entre las manos, nerviosísimo, a su gorra de plato. Efectivamente, está muy pálido. Se queda quieto en la puerta, tímidamente)*

BASILIO.—Buenas... Buenas noches.

PEDRO.—¿Eh? Aquí está.

BASIL.—Con permiso... *(Avanza un poco)* Hola, Lucía.

LUCÍA.—*(Llena de piedad)* Buenas noches, Basilio.

BASIL.—Verá usted... Yo quisiera...

PEDRO.—*(Severísimo)* ¡Basilio!

BASIL.—¡Mándeme!

PEDRO.—¿Puedo saber qué significa su presencia en las habitaciones de la señora?

BASIL.—¡Je! Sí, señor... Verá usted. Yo quería hablar un poco con la señora.



PEDRO.—¡¡Hum!! ¿Oye usted? El galán quiere hablar con la señora.

LUCÍA.—Pobre Basilio...

BASIL.—Nada. Cosa de un ratito. Como esta noche hay invitados, la señora tendrá que darme órdenes... Digo yo.

PEDRO.—¡¡Basilio!!

BASIL.—Mándeme, sí, señor.

PEDRO.—¡Retírese!

BASIL.—(*Contrariadísimo*) ¡Dale! ¡Maldita sea!

PEDRO.—La señora dará las órdenes que estime oportunas, sin necesidad de recibir su visita.

BASIL.—Bueno. Está bien. Pero es que además, yo quería verla. ¡Verla, nada más!  
(*Se ríe azoradísimo*) Me han dicho que la señora se va a vestir como la Dama de las Camelias y estará guapísima...

PEDRO.—(*Terrible*) ¡¡Basilio!!

BASIL.—(*Dando vueltas vertiginosamente a la gorra que tiene entre las manos*)  
¡Servidor!

PEDRO.—¡Largo!

BASIL.—Pero...

PEDRO.—¡¡Largo!! Y si vuelve usted a opinar sobre la belleza de la señora, será usted despedido en el acto. ¿Entendido? ¡¡Fuera!!

BASIL.—¡Esta bien! Ya me voy. No hay que avasallar... ¡Maldita sea! El viejo este...  
¡¡Egoísta!!

*(Y sale más nervioso que nunca. Lucía le ve marchar apenadísima)*

LUCÍA.—¡¡Es otro romántico!!

PEDRO.—Acabará haciendo versos, como Domingo. Pero tranquilícese usted, Lucía. Yo vigilo... No olvide que soy el ángel de la señora.

LUCÍA.—¡Silencio, Pedro! ¡La señora!

PEDRO.—¡Oh!

LUCÍA.—¡Y con el traje de Margarita! Pedro, domínese, por favor.

PEDRO.—(*Estremecido*) Haré todo lo que pueda.

*(Aparece Margarita. Viste su romántico traje. El pelo le cae sobre los hombros desnudos. Esta un poco excitada)*

MARGARITA.—Lucía.

PEDRO.—(*Embobado*) ¡¡Oh!!

MARGA.—¿Cómo me encuentras?

LUCÍA.—¡Ay, señora! Una preciosidad. La señora es un sueño...

*(Margarita se mira ante el espejo. Da unos pasos. Gira alrededor de Pedro)*

MARGA.—¿Y usted qué dice, Pedro? ¿Le gusto?

PEDRO.—*(Que seguía con los ojos todas las evoluciones de Margarita)* ¡Que si me gusta la señora!

LUCÍA.—¡Una barbaridad!

PEDRO.—Sí, señora, ya lo creo... La señora me gusta una barbaridad.

*(Margarita, mientras habla, ayudada por Lucía, se da los últimos toques ante el espejo)*

MARGA.—¿Todo está preparado? ¿Las bebidas? ¿La cena?

PEDRO.—Sí, señora. El bar está en el jardín. En el comedor se servirá a las dos pollo frío, fiambres, huevo hilado, pasteles, helado, «cap» de «champagne» y café...

MARGA.—¿Abundante?

PEDRO.—Abundantísimo. Pero es inútil. De estas cosas nunca hay bastante en una fiesta de gente selecta... He llamado a la agencia, como ordenó la señora, pidiendo otro criado para el servicio de esta noche. Ya ha llegado y se está vistiendo.

MARGA.—Muy bien. Todo perfecto. ¿Y los músicos?

PEDRO.—Ya están dispuestos. Me ha sido difícilísimo encontrar cinco violinistas en las condiciones que deseaba la señora; los cinco rubios y los cinco muy tristes.

MARGA.—Sí, sí. Eso es. Así tiene que ser.

PEDRO.—Puede estar tranquila la señora. Ahí están los cinco. Todos son rubios. Y de tristes, no digamos. Son unos desgraciados...

MARGA.—¡Qué suerte!

PEDRO.—Con decirle a la señora que viven del violín... Y los cinco están enamorados de un imposible...

MARGA.—*(Sentimental)* ¡Oh! ¡Qué bonito! Una orquesta enamorada... El amor siempre es conmovedor. Pero ¡ay! pobre Pedro, a sus años, qué sabe usted del amor...

PEDRO.—*(Se estremece)* ¡Señora!

MARGA.—Ven, Lucía. Las pulseras... El collar.

*(Y salen las dos. Lucía antes de salir dirige una larga y compasiva mirada a Pedro. Este se estremece dolorosamente)*

PEDRO.—¡Señora!

*(Asoma Basilio otra vez, anhelante y atropellado)*

BASILIO.—¿Se puede? Con permiso...

PEDRO.—¿Eh? ¿Quién? ¿Otra vez? *(Furioso)* ¡¡Largo!!

BASIL.—*(Desesperado)* ¡Maldita sea!

PEDRO.—¡Fuera de aquí! ¡¡Vivo!!

BASIL.—Nada, es inútil. Me pilla siempre. Soy más desgraciado... ¡Maldita sea!

*(Y desaparece rabiosamente. Pedro muy ufano de su energía, se ajusta las solapas y marcha tras él. Un instante la escena sola. Del jardín viene Cándida. Elegantísima. De noche)*

CÁNDIDA.—Margarita... Margarita... *(Se dirige a la puerta del dormitorio)* Margarita, soy yo.

*(Y aparece Margarita. Ya su tocado es completo. Cándida se deslumbra)*

MARGARITA.—¡Oh, tía Cándida!

CANDI.—¡Chiquilla de mi alma! Déjame verte. Estás preciosa. Eres la mismísima Dama de las Camelias, pero muy favorecida, porque aquella pobrecita estaba hecha un asco. Y tú eres un encanto. Dame otro beso... Y a mí, ¿cómo me encuentras?

MARGA.—Deslumbradora...

CANDI.—*(Encantada)* ¡Oh! Vengo llena de ilusiones. Tu aventura me rejuvenece. Me siento joven, joven como en mis mejores tiempos. Me siento como una niña. *(Transición)* Bueno, supongo que todavía no habrá llegado Leonardo.

MARGA.—Todavía, no...

CANDI.—¡Ay! No me hubiera gustado perderme ese momento. Será emocionante. Hijita, confieso que te he envidiado muchas veces, pero como esta noche, nunca. ¿Estás muy nerviosa?

MARGA.—¡Nerviosísima!

CANDI.—Lo comprendo... La vida es tan vulgar que cuando viene lo extraordinario, nos asusta. Es la falta de costumbre. Yo creo que la culpa es de nuestros

antepasados que eran demasiado serios y no nos han educado para vivir la aventura. El día de mañana habrá muchos hombres como Leonardo... Como todos estarán bien educados y tendrán un poquito de imaginación, en la vida de las mujeres solo pasarán cosas extraordinarias. Para encontrar tonterías, habrá que leer novelas.

MARGA.—¡Tía Cándida!

CANDI.—¡Sobrina!

MARGA.—¿Qué hora es?

CANDI.—Van a dar las doce.

MARGA.—¡Las doce! Leonardo debe estar al llegar. Dentro de unos minutos, una voz me dirá: Buenas noches, Margarita. Yo soy Leonardo... (*Transición*) Y yo... ¿Qué haré yo, tía Cándida? No voy a decirle, ¿cómo está usted?

CANDI.—¿Cómo está usted? No me parece propio. Demasiado correcto. En el amor, de vez en cuando, hay que saber perder un poco de educación. Lo importante es perderla con gracia...

MARGA.—No, no le diré nada. Le miraré, sin hablar. Y esperaré...

CANDI.—¡Ojo! Si te quedas pasmada, como una tonta, el que pierde la educación es él, y se aprovecha...

MARGA.—¡Si tú supieras, tía Cándida, con qué ilusión espero sus brazos para arrojarme en ellos! ¡Si tú supieras! Sé que este amor no es para el verdadero Leonardo, que no conozco, sino para un Leonardo que yo he creado en mi imaginación. Un Leonardo mío, mío, el que yo distinguiría entre todos los hombres...

CANDI.—Margarita, me asustas. ¿No crees que con imaginación vas demasiado lejos? ¿No has pensado en la posibilidad de que todo esto fuera como un sueño?

MARGA.—(*Indignada*) ¡Un sueño! ¿Estás loca, tía Cándida? ¿Y sus cartas? ¿Y este traje? No, no es un sueño. Es verdad y es mucho más bonito que el mejor sueño. Mira: esta noche he pensado en el porvenir. Nos casaremos enseguida.

CANDI.—Pero mujer, que todavía no ha venido.

MARGA.—Está decidido. ¡Nos casaremos enseguida! Voy a hacer reforma en la casa. Quiero tirar este tabique. Ya he llamado a un arquitecto...

CANDI.—¡Margarita!

MARGA.—En esta habitación pondré el despacho de Leonardo... Estilo Renacimiento.

CANDI.—¿El despacho? Pero, ¿tú sabes si Leonardo necesita un despacho?

MARGA.—¡Tía, por Dios! Todos los hombres, cuando se casan, se compran un despacho Renacimiento...

*(Rumor de voces fuera. Las dos se vuelven hacia el fondo)*

CANDI.—¿Qué sucede?

MARGA.—¡Oh! ¿Qué voces son esas? ¿Qué ocurre?

*(Irrumpe Jaime, seguido de Pedro. Jaime viste también de criado. Es joven, simpático, alegre. Y sonríe casi siempre. Pedro, como un energúmeno, viene detrás)*

¿Qué significa esto?

PEDRO.—¡Disculpe la señora! La culpa es de este atrevido... Es el criado que nos han enviado de la agencia. ¡Es un insolente! ¡Dice que necesita hablar con la señora!

JAIME.—*(Sonriente)* Por favor, señora. Dígale a este viejecito que se calle.

PEDRO.—¡¡Desvergonzado!!

MARGA.—¿Qué quiere decir todo esto?

JAIME.—Señora, me explicaré. Me llamo Jaime Bernal.

*(Durante todo el diálogo anterior, Jaime ha estado mirando fijamente a Margarita. Ahora se interrumpe a sí mismo y con muchísima satisfacción da una palmada)*

¡Sí! ¡Es ella!

TODOS.—¿Cómo?

MARGA.—¿Qué dice usted?

JAIME.—¡Sí, sí! Es ella. Yo no me equivocaba. ¡Es ella! La misma de entonces; tan distinguida, tan delicada... ¡Encantadora!

MARGA.—*(Absorta)* Tía Cándida. ¿Tú oyes?

CANDI.—Te diré. Lo oigo y no lo creo.

PEDRO.—*(Avanza)* ¿Cree la señora conveniente que expulse de aquí a este sujeto?

CANDI.—*(Indignada)* ¡Cállese usted!

PEDRO.—*(Ofendidísimo)* ¡Señorita Cándida!

JAIME.—*(Tan tranquilo, sin oírlos. Mirando risueño y embelesado a Margarita)* Señora, la felicito. Bonita y joven, como hace tres años. ¡Sorprendente!

MARGA.—Pero, ¿qué está usted diciendo?

CANDI.—¡Cállate! Ya no los diré. A mí me encanta este muchacho... Es simpatiquísimo.

JAIME.—Mil gracias, señorita. Porque usted, naturalmente, es la señorita Cándida...

CANDI.—(*Contentísima*) ¡La misma! ¿Es que a mí también me recuerda usted?

MARGA.—(*Da un paso hacia él*) Un momento. ¿Dice usted que me conoce desde hace tres años?

JAIME.—Sí, señora.

MARGA.—Es curioso. Yo, en cambio, no puedo recordarle.

JAIME.—(*Triste*) Me lo figuraba... (*Con nostalgia*) Fue una noche, en San Sebastián, en la terraza del Club Náutico. La señora estaba hermosísima. Llevaba un vestido con volantes de tul y una flor roja en el pecho...

CANDI.—¡Un vestido de tul y una flor roja! Muy cursi, Margarita.

MARGA.—Mujer...Hace muchísimo tiempo.

JAIME.—(*Mundano*) No se avergüence la señora de su vestido blanco de tul. La señora lo llevaba con una emoción... (*Sonríe superior*) Casi todas las grandes emociones cuando pasan a ser recuerdo son pura cursilería. La propia felicidad es un poco cursi. Hasta los hombres más inteligentes cuando son dichosos son cursis. Pero no lo saben: se enteran después. Los tontos no se enteran nunca...

CANDI.—(*Con entusiasmo*) ¡No he visto en mi vida un criado semejante! Como que no es un criado. Es un intelectual.

MARGA.—(*Ríe*) ¿Ha dicho usted que fue en San Sebastián, en el Náutico? Sí, sí, tía Cándida. Recuerdo perfectamente aquella noche. Mi marido y yo éramos novios. Aún no nos habíamos casado...

JAIME.—¡Me lo figuré!

MARGA.—¡Ah! ¿Por qué?

JAIME.—Porque el señor y la señora estaban todavía muy enamorados...

CANDI.—(*Riendo*) ¡Bravo! ¡Ay, qué hombre! ¡Siéntese usted!

PEDRO.—¡Señorita!

MARGA.—¡Tía Cándida!

CANDI.—Nada, nada. Siéntese. Póngase cómodo. ¡Pedro! Acerque usted esa silla. ¡Vamos!

PEDRO.—(*Inmóvil e indignadísimo*) ¡Señorita Cándida!

JAIME.—(*Sentándose tranquilamente*) Gracias, señorita. Yo, aunque la señora no lo recuerde, aquella noche del Náutico, estuve muy amable con la señora. ¡Me dediqué a atenderla toda la velada!

MARGA.—¡Usted!

JAIME.—Sí, señora.

CANDI.—¡No me explico cómo has podido olvidarte de un hombre así! ¡Es increíble, Margarita!

MARGA.—(*Sonríe interesada. Le mira*) Ha pasado tanto tiempo. Había tanta gente. ¿Usted estuvo en la fiesta?

JAIME.—¡Naturalmente, señora! (*Con cierta dignidad*) Yo era camarero del Náutico...

MARGA.—(*Ríe*) ¡Oh! ¿Has oído, tía Cándida?

CANDI.—(*Tierna*) ¡Y luego hablan mal del servicio!

JAIME.—Después, pasó el tiempo, y viajando en el Lusitania Exprés tuve el honor de pasar una noche al lado de la señora...

MARGA.—¿Cómo?

CANDI.—¡Margarita!

JAIME.—(*Naturalísimo*) Sí, señora. Yo era el empleado del coche-cama... Han transcurrido dos años y no he tenido la fortuna de volver a coincidir con la señora... Hasta hoy. Es el destino. Esta mañana en la agencia de colocaciones me informaron de que en casa de la señora necesitaban un criado para el servicio de esta noche. Recordé el nombre de la señora. Pensé en nuestro antiguo conocimiento, en aquella noche de San Sebastián. (*Se pone en pie y saluda*) Y me decidí a venir para rogar a la señora que me admita definitivamente a su servicio. Sé que hay un puesto vacante en la casa...

PEDRO.—(*Interrumpe*) ¡Señora!

MARGA.—¡Pedro!

PEDRO.—(*Solemne*) Permítame la señora que intervenga. Este hombre no me gusta. Es un frívolo. Esta es una casa seria. Yo soy muy serio...

JAIME.—(*Muy fino*) Se le nota. Pero no desespere, amigo mío. Ya dejará usted de serlo... La frivolidad se alcanza con el tiempo.

CANDI.—(*Aplauda*) ¡Bravo! ¡¡Bravísimo!!

(*Ríe también Margarita*)

PEDRO.—¡Señorita Cándida!

JAIME.—Señora, tengo muy buenos informes. Hasta hace dos días he trabajado en casa de los señores de Monzón. Pero ayer, me he despedido porque no era una casa seria...

MARGA.—¡Oh! ¿De veras?

CANDI.—Cuenta, cuenta. Los de Monzón son amigos míos.

JAIME.—No le recomiendo a la señorita esas amistades. Es el hogar más escandaloso que conozco, y cuidado que uno ha vivido tiempo en el seno de las familias de orden... La otra noche, el señor y la señora discutieron atrocemente. La señora insultó al señor. Le llamó... (*Se calla*) No, no me atrevo.

CANDI.—¡Diablo! ¡Dígalos! Por Pedro, no se cohíba. A su edad lo puede oír todo...



MARGA.—Sí, sí. ¿Qué le llamó?

JAIME.—(*Ruborizado*) Le llamó golfo...

MARGA.—¿Golfo?

JAIME.—¡Golfo!

CANDI.—La de Monzón, desde que preside la Palabra Culta, se ha refinado mucho...

JAIME.—Me despedí en el acto. Yo no podía soportar aquel espectáculo... (*Suspira*)  
Me trastorna la violencia.

CANDI.—¡Margarita! ¡O te quedas con el criado o me lo quedo yo! Es una ganga.

MARGA.—Sí... (*Riendo*) Jaime puede quedarse en casa. Mañana hablaremos de todo. De su sueldo...

JAIME.—(*Con disgusto*) Mil gracias, señora. El sueldo no tiene importancia...

CANDI.—¡Lo dicho! ¡Una ganga!

*(Ríe Margarita. Entra Lucía presurosamente)*

LUCÍA.—Señora, señora. ¡Los invitados! Han empezado a llegar... Están en el jardín y en el salón. Esperan a la señora.

*(Pedro y Jaime se han situado cada uno a un lado de la escena. Margarita se apoya en Cándida)*

MARGA.—¿Oyes, tía Cándida?

CANDI.—Calma, Margarita.

MARGA.—¿Quién ha venido, Lucía?

LUCÍA.—Los señores de Bofarull, madame Duhamel, la señorita Mimí... Y dos caballeros jóvenes que no conozco...

CANDI.—¿Dos caballeros jóvenes? Vamos, Margarita.

MARGA.—Sí. Uno de ellos. Puede ser él... Tengo miedo, tía Cándida. Al fin, voy a verle. ¡Dios mío! ¿Cómo será Leonardo?

*(Marchan las dos del brazo. Enseguida se las ve cruzar sonrientes por el ventanal hacia el jardín. Una pausa cortísima. Dentro unos suaves aplausos acogen la presencia de Margarita y la orquesta de violines, en el jardín, toca «Voces de Primavera». En escena han quedado Lucía, Pedro y Jaime. Lucía, apenas salen Margarita y Cándida, hace mutis por la puerta del dormitorio. Jaime, risueño, oye complacido la música)*



JAIME.—«Voces de Primavera»... (*Sonríe*) Es mi vals predilecto.

PEDRO.—¡Ejem! ¡Pollo! Le aconsejo que no olvide nunca mi autoridad en esta casa.

Soy mucho más de lo que usted cree. Yo soy el ángel de la señora...

JAIME.—¡Oh!

*(Se inclina. Pedro con toda dignidad le vuelve la espalda. Y muy despacio se dirige a la mesita donde está el retrato de Margarita. Lo contempla amorosamente. Al fin lo toma en sus manos, lo oprime contra su pecho, lo esconde después bajo el chaqué, y llevando abrazado el retrato se marcha como si Jaime no existiera. Este le ha visto hacer sorprendidísimo)*

¡Oh!!

*(Irrumpe Basilio todo alborozado)*

BASIL.—¡La he visto! ¡La he visto! (*Corre hasta el ventanal y desde allí contempla embelesado el jardín*) ¡Fijese usted cómo anda! Y cómo se ríe.

JAIME.—¿Se refiere usted a la señora?

BASIL.—¡Naturalmente! (*Se indigna*) ¿Quién va a ser? ¿Es que hay otra mujer como ella? (*Emocionadísimo*) ¡Maldita sea!

JAIME.—(*Mirando también por el ventanal*) Realmente, es deliciosa...

BASIL.—Usted es el criado nuevo, ¿no?

JAIME.—Sí.

BASIL.—Yo soy Basilio, el chófer. Un compañero, para servirle. Tanto gusto.

*(Se dan la mano muy finos)*

JAIME.—¡Encantado!

BASIL.—Lo he oído todo... Estaba ahí escondido para verla con el trajecito. (*Suspira*) Está imponente. Por lo visto, se va usted a quedar en la casa. Bueno, no le digo nada. Allá usted. Pero aquí se sufre mucho.

JAIME.—¡Ah! ¿Sí?

BASIL.—¡Con lo felices que podíamos ser si no fuera por el viejo ese!

JAIME.—¿Pedro?

BASIL.—Sí. Es un tío celoso. Todos estamos enamorados de la señora, pero el viejo, como es el criado más antiguo, y manda, se aprovecha. Dice que es el ángel de la señora. Como si no lo fuera yo también, que me paso la vida velando por ella. Ya ve usted: al pobre Domingo le ha despedido esta

mañana. Y total, por nada, porque le hacía versos a la señora. Domingo, que es un sentimental. Se lo tenía yo dicho: Domingo, que te la vas a ganar... ¡Maldita sea!

JAIME.—(*Curiosísimo*) Pero esto es extraordinario. ¡Todos los criados enamorados de la señora!

BASIL.—¡Toma! Y usted se enamorará también.

JAIME.—¿Usted cree?

BASIL.—¡Seguro! (*Un gemido*) Si no hay más que verla andar por el pasillo, por el jardín. No le digo a usted nada, cuando llega el verano y se tira de cabeza a la piscina... (*Ahoga un sollozo*) ¡Maldita sea!

JAIME.—(*Solícito*) Hombre, Basilio.

BASIL.—Le digo a usted que esto es una desgracia. (*Sonríe*) Claro que yo algunos ratos soy feliz.

JAIME.—¡Ah!

BASIL.—Sufriendo mucho, pero soy feliz.

(*Jaime intenta sentarse en el sillón de orejas y Basilio se abalanza sobre él para impedirselo indignadísimo*)

¡¡Quieto!! ¿Qué va usted a hacer?

JAIME.—(*Asustado*) ¡Demonio!

BASIL.—¡Quieto! Este sillón es el de ella. En mi presencia no se sienta ahí nadie... ¡No lo consiento! (*Contempla con ternura el sillón*) Todas las noches, la señora se sienta ahí y está leyendo hasta la madrugada. Como es tan instruida, cada noche se lee una novela... Al día siguiente, entro yo aquí, cojo el libro que ella ha leído, me lo llevo a mi cuarto, y por la noche lo leo yo... Y soy feliz. Cuando leímos «Cumbres Borrascosas», la señora y yo nos hartamos de llorar. ¡Maldita sea! (*Toma un volumen de la mesita*) Este es el que leyó anoche... Me lo llevo (*Y se lo guarda*). Lo malo es cuando le da por leer el «Quijote». Ya se lo he escondido cuatro veces. Pero es inútil. Lo vuelve a comprar. La pobre siempre cree que lo ha perdido.

JAIME.—(*Ríe*) ¡Basilio!

BASIL.—<sup>5</sup>Mientras pueda verla todos los días. Yo la quiero así... (*Torvo*) Por eso esta noche hay que vigilar.

JAIME.—Esta noche, ¿por qué?

---

5 En el original: Yo sé que ella no será nunca para mí... Pero no me importa.

BASIL.—(*En voz baja*) Sí. Aquí hay gato encerrado. Mire usted este telegrama que he encontrado en la consola del vestíbulo... Lea, lea.

JAIME.—(*Lee*) «Llegaré mañana, noche. Me gustaría que en mi honor organizaras una pequeña fiesta...».

BASIL.—Lea la firma...

JAIME.—¡Leonardo! ¿Quién es este Leonardo?

BASIL.—No lo sé... Pero si intenta enamorar a la señora y llevársela de aquí, yo hago una barbaridad. ¡Me lo cargo!

JAIME.—¡Hombre!

BASIL.—O le pego fuego a la casa... (*Cejijunto*) Yo soy muy bruto.

JAIME.—Ya, ya. Se ve.

BASIL.—Lo dicho... Esta noche, no me acuesto. Y usted, ya sabe. Si se enamora de la señora -que se enamorará-, cuente con un amigo. Vaya, hasta luego. Buenas noches.

JAIME.—(*Sonríe*) Buenas noches, Basilio...

*(Basilio, al salir, pasa junto al sillón. Lo contempla arrobado y dice apasionadamente)*

BASIL.—¡Guapa! (*Al salir, examina el libro que se lleva*) ¡«Rebeca»! ¡Maldita sea! Ya lo leímos el año pasado... Pero, qué se va a hacer. ¡Ella manda!!

*(Sale. Jaime le ve salir risueño y conmovido. Se queda solo sin dejar de sonreír. Mira complacidísimo en torno, con cierto recreo, muy despacio, golosamente. Vuelve a oírse un vals. Jaime da unos pasos y se dirige al balcón. Pero al pasar cerca del sillón de Margarita, se detiene, hace una gentilísima reverencia, sonríe y dice)*

JAIME.—Buenas noches, Margarita...

*(Irrumpe Margarita por el fondo)*

MARGA.—(*Sorprendida*) ¡Vamos, Jaime! Al jardín. ¿Qué está usted haciendo?

JAIME.—(*Se vuelve y saluda profundamente*) Señora... ¡Espero las órdenes de la señora!...

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. La misma noche. Ha transcurrido apenas una hora: estamos, pues, en la madrugada. Viene de lejos la melodía lejana de un vals en la orquesta de violines.

*(Basilio, junto al ventanal. Contempla absorto lo que sucede en la fiesta. Lucía en el jardín, pasa llevando entre las manos una bandeja con copas de «cocktel» y «champagne», ya consumidas. Se detiene ante el ventanal y a través de él, habla con Basilio)*

LUCÍA.—¡Basilio! Nada... Cómo si no. En la luna. ¿Qué hace usted ahí, Basilio?

BASILIO.—*(Tan contento)* ¡Verla! ¿Qué va a hacer uno? Esta noche me estoy aprovechando *(Transición)* ¡Maldita sea!

LUCÍA.—¿Qué sucede?

BASIL.—Que me parece que la señora está adelgazando estos días... Habrá que cuidarla. *(Como dirigiéndose a alguien que está fuera)* ¡Cuidado, bruto!

LUCÍA.—¡Basilio, por favor! Van a oírle.

BASIL.—Es que ese del esmoquin la ha «empujao», sin querer, pero la ha «empujao». Por lo visto, ha bebido. ¿Qué hora es?

LUCÍA.—La una. La señora ha ordenado que nos retiremos. Los señores se servirán solos.

BASIL.—Como siempre... En estas fiestas elegantes cuando da la una empieza lo mejor. ¡Hay que ver cómo comen los señores! Y las señoras, para qué vamos a hablar: ¡se lo beben todo con una gracia! *(Transición)* ¿Quién es ese que le besa la mano a la señora?

LUCÍA.—Un diplomático argentino.

BASIL.—*(Mohíno)* No me gusta. Ya se la ha besado dos veces... Estos, tan finos, y tan melosos, son unos desahogados. *(Escamado)* ¿Será ese Leonardo?

LUCÍA.—¡Ay! Desde que empezó la fiesta estoy tratando de averiguar quién es Leonardo, pero no he conseguido nada. Tengo una curiosidad...

BASIL.—Yo, por si acaso, no pierdo de vista al argentino...

LUCÍA.—Buenas noches, Basilio.

BASIL.—Buenas noches, Lucía.

*(Lucía le mira melancólicamente. Suspira y sale. Desaparece del jardín. Basilio queda solo, absorto en su contemplación. Al cabo,*

*por la puerta del fondo, entra Jaime. Trae una bandejita con dos copas de «cocktel». Se dirige a Basilio y le da unos golpecitos en el hombro)*

JAIME.—Basilio.

BASIL.—¿Eh? ¡Ah, es usted!

JAIME.—Traigo estos cócteles de «champagne» para que brindemos juntos...

BASIL.—Se agradece. *(Desconfiado)* ¿Es del que han tomado los señores?

JAIME.—No, no... Bébalo tranquilo. Lo he preparado para nosotros. ¿Por quién brindamos?

BASIL.—¡Maldita sea! ¡Por quién vamos a brindar! ¡Por ella!

JAIME.—*(Sonríe con su copa en alto)* ¡Por la señora!

BASIL.—¡Por la señora!

JAIME.—¡Ajajá! *(Beben los dos. Jaime abre una caja de cigarrillos que hay encima de la mesita)* ¿Un cigarrillo?

BASIL.—Venga. Déme usted «Camel», que son los que ella fuma... El «Lucky» nos hace toser.

JAIME.—Encantado...

*(Encienden sus cigarrillos. Fuman. Están los dos ante el ventanal. En pie, mirando al jardín. Una pausa)*

Basilio: tenía usted razón. Creo que yo también voy a enamorarme de la señora...

BASIL.—*(Alegrísimo)* ¿De verdad? Sí, hombre, sí. Anímese usted. A mí me hará usted un favor.

JAIME.—¿Usted cree?

BASIL.—¡Digo! Yo no soy celoso... Nos contaremos nuestras penas y lo pasaremos muy bien sufriendo juntos.

JAIME.—¡Eso! ¡Eso! ¡Estupendo! *(Muy contento)* ¡Sufriremos juntos! ¡Qué bien!

BASIL.—Ya verá usted... ¡Nos vamos a tomar cada berrinche!

*(Silenciosamente ha entrado Pedro. Va despacito hasta ellos mientras oye parte del diálogo anterior. Y queda a su lado como uno más, sin que Jaime y Basilio, ensimismados en su contemplación le sientan)*

Si no podía ser de otra manera... Mire, mire. ¡Qué andares!

JAIME.—¡Qué ojos!

PEDRO.—(*Emocionadísimo*) Es una bendición...

(*Aparece Cándida en el fondo. Sigilosa, se detiene en seco al ver y oír a los tres criados y avanza de puntillas. Ellos, naturalmente, embobados, no la presienten*)

BASIL.—¡Qué cara!

JAIME.—¡Qué boca!

PEDRO.—¡Qué cintura!

CÁNDIDA.—¡Qué barbaridad! (*Avanza más*) ¡Hasta el anciano!! Pero ¿qué les da esta muchacha?

BASIL.—(*En el colmo del entusiasmo*) ¡Prenda!

JAIME.—¡Guapa!

PEDRO.—¡Ángel de Dios!

CANDI.—(*Enternecidísima*) ¡Y la llama ángel! Pobrecitos... Me van a hacer llorar. (*Avanza un poco más*) ¡Eh! Chiss, chiss.

(*Los tres se vuelven, la ven y pegan un salto*)

BASIL.—¡¡Atiza!! ¡Nos ha pillado!

JAIME.—¡Cuerno!

PEDRO.—¡La catástrofe!

BASIL.—¡¡Y el viejo!! ¡Maldita sea!

CANDI.—(*Muy amable*) Con permiso... Cuando terminen ustedes de piropear a mi sobrina, ¿puedo asomarme al mirador un ratito?

JAIME.—¡Señorita!

PEDRO.—Yo le explicaré a la señorita...

CANDI.—Quia, eso sí que no. Yo soy muy sentimental y si me cuentan ustedes su caso, acabaremos llorando los cuatro. Porque eso de que los señores se casen con los criados, no pasa más que en las películas. Con que, la verdad es que están ustedes listos...

BASIL.—Apañaos, sí, señora.

PEDRO.—Realmente, tenemos un sino...

JAIME.—Nuestro único goce es el sufrimiento...

CANDI.—¡Pobrecitos! ¡Nada, que a esta chica no le falla ni la servidumbre! ¡Caramba! Pero ¿se puede saber qué les da a todos ustedes mi sobrina?

BASIL.—¡Nada! ¿Qué va a dar? Ella es ella, y nada más. Eso de dar se queda para otras...

PEDRO.—¡Si no hay más que verla...!

JAIME.—¿Si no hay más que oírla...!

CANDI.—¡Basta! De manera que la ven, la oyen, ¡y ya está!

JAIME.—¡Sí, señorita!

CANDI.—¡¡Qué suerte!! *(Indignada)* ¡Y así desde que la puse de largo!

*(Los tres hombre cuchichean entre sí)*

¿Eh? ¿Qué ocurre?

JAIME.—¡Señorita!

BASIL.—*(Se vuelve a Pedro)* Hable usted, que tiene más autoridad.

CANDI.—*(Dignísima)* ¡Alto! Supongo que no pretenderán ustedes que me declare a mi sobrina en nombre de los tres... Yo soy muy moral.

PEDRO.—No, señorita Cándida. Ahora que tiene usted nuestro secreto, nosotros...

CANDI.—¡Diga!

PEDRO.—Nosotros quisiéramos saber quién es Leonardo.

BASIL.—Eso es.

CANDI.—*(Atónita)* ¡Caramba! ¿Y ustedes para qué quieren saber quién es Leonardo?

*(Los tres se miran entre sí y sonríen siniestramente, con evidente complicidad)*

JAIME.—¡Je!

PEDRO.—¡Je!

BASIL.—¡Je! *(Terrible)* Los celos justifican hasta el crimen...

CANDI.—¡Ay! *(Un grito)* ¿Qué ha dicho este bárbaro? Pero ¿es que se proponen matar a Leonardo?

JAIME.—Tenemos que asegurarle el porvenir a la señora...

CANDI.—¡Pobre Leonardo!

*(Aparece Margarita en el fondo. Los tres se repliegan, en fila)*

MARGARITA.—¡Tía Cándida! Te buscaba. Te necesito.

LOS TRES.—*(Fascinados)* ¡Oh!

MARGA.—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿No he dicho que se retiren? Váyanse. ¡Déjenos solas! ¿No me oyen?

*(Los tres hombres, sin dejar de mirarla ni un instante, inician la salida muy juntos. Se inclinan al tiempo)*

PEDRO.—Sí, sí, señora.

BASIL.—La señora manda...

JAIME.—A la orden de la señora...

MARGA.—*(Que está nerviosísima)* ¡Largo!

BASIL.—*(En voz baja, embelesados llenos de ternura)* ¿Ha dicho ¡largo!?

JAIME.—¡Largo! Eso ha dicho.

BASIL.—¡Maldita sea! ¿Tiene o no tiene gracia?

JAIME.—Tiene gracia.

PEDRO.—*(Una lágrima)* Tiene, tiene.

*(Los tres ya en la puerta, se inclinan profundamente. Como Margarita está de espaldas a ellos, los tres le envían un beso por el aire y salen)*

CANDI.—¡Oh! ¡Infelices!

*(Margarita se cerciora de que los criados han salido y va, decidida y nerviosísima, a Cándida)*

MARGA.—¡¡Nada!!

CANDI.—¿Cómo que nada?

MARGA.—¡Nada! ¿Lo oyes? ¡¡Nada!!

CANDI.—¡Criatura! Pero, ¿nada?

MARGA.—¡Nada! Ni una señal, ni un indicio... ¡Nada, nada, nada! Desde hace dos horas estoy en el jardín, rodeada de individuos que me aburren con sus bromas. Por cierto, yo no sé por qué la gente cree que cuando una mujer se queda viuda se la puede hablar de todo como si fuera un coronel... Y si soporto la vulgaridad de todo ese mundo que no veía desde hace un año, es solo con la esperanza de verle a él aparecer junto a la verja... Pero es inútil. Leonardo no ha venido...

CANDI.—¿Estás segura?

MARGA.—No ha venido. *(Una brusca transición)* Claro que realmente no sé si ha venido. Lo que pasa es que no sé quién es... *(Corre al ventanal y se asoma)* ¡Leonardo puede ser uno cualquiera de mis invitados! ¿Por qué no?

CANDI.—*(Que ha corrido tras ella y se asoma también)* ¡Quién sabe! Con el «smoking», todos merecen la pena...



MARGA.—Sí, sí... (*Pensativa*) Leonardo no ha de ser a la fuerza un desconocido. Es posible que ni siquiera se llame Leonardo...

CANDI.—Vamos. Tú crees que usa nombre de guerra.

MARGA.—Leonardo es, sencillamente, un hombre que no sé quién es. Eso está claro.

CANDI.—¡Clarísimo!

MARGA.—A lo mejor me conoce desde niña. ¿Por qué no puede ser un antiguo compañero del bachillerato que esté enamorado de mí en secreto? ¿Por qué no ha de ser uno de esos cinco músicos?

CANDI.—(*Enérgica*) ¡No!

MARGA.—¿Por qué no?

CANDI.—(*Ruborizada, señala al jardín*) ¡Margarita! No quería decírtelo. Era un secreto... ¡Los cinco músicos se han enamorado de mí!

MARGA.—(*Asustada*) ¿Los cinco?

CANDI.—¡Los cinco!

MARGA.—Pero, tía...

CANDI.—Desde que empezó la fiesta no hacen más que mirarme y sonreír. ¡Y como los cinco son iguales, los cinco hacen lo mismo! (*Muy ruborizada*) Míralos, míralos. He venido aquí huyendo de ellos y ya me han descubierto otra vez. Es que me persiguen. Son más atrevidos... (*Con muchísima coquetería se vuelve de espaldas al jardín y mira a hurtadillas*) ¿Qué hacen?

MARGA.—Miran hacia aquí, sonríen y suspiran...

CANDI.—¡Pobrecitos! Se pasan la noche suspirando. Como son tan tristes. ¡Y tan rubios! (*Sentimental*) La vida es así, Margarita. Esta noche, mientras tú esperas a Leonardo, yo he encontrado al hombre de vida. Bueno, por de pronto, el hombre de mi vida son cinco, pero ya veremos. Y qué cosas: precisamente, un músico, digo, cinco músicos. Con lo aficionadísima que soy yo a la música; ¿no lo sabías? No pierdo un concierto de la Cultural... Lo terrible será cuando se declaren: no sé si lo harán de uno en uno, o en masa.

MARGA.—¡Una declaración! En masa. ¡Qué felicidad, tía Cándida!

CANDI.—Muchísima. Toda mi vida preguntándome por qué no gusto... Y de pronto, esta noche se enamora de mí una orquesta. Claro que no te oculto que estoy muy preocupada. Todavía no sé por cuál me decidiré porque me gustan los cinco.

MARGA.—(*Vuelve a su obsesión, y regresa al centro de la escena seguida de Cándida*) Te felicito, tía Cándida... Entonces, está claro que ninguno de los cinco músicos es Leonardo.

CANDI.—¡Ay, no!

MARGA.—Entonces, ¿quién es Leonardo? En mi casa hay esta noche varios hombres que no conozco. Son los invitados que han traído los invitados.

CANDI.—¡Sí, hijita! Son lo que se lo beben todo.

MARGA.—Uno de ellos es pesadísimo. No habla más que del problema de los Balcanes...

CANDI.—¡Qué frívolo!

MARGA.—¿Tú crees que a Leonardo le interesa la política internacional?

CANDI.—De ningún modo. Leonardo es un hombre inteligente...

MARGA.—Otro... No, no. Tampoco. Es tenor de ópera. No imagino a mi Leonardo en un escenario, haciendo tonterías, vestido de Rigoletto...

CANDI.—Más tonterías haría el pobre cantando «Tosca». Se las trae.

MARGA.—No, no, no ... Mi Leonardo no es así. A él no le importa la ópera ni los Balcanes, ni el problema de los judíos ni todas esas cosas que divierten a la gente. Él es un hombre distinto a todos. Audaz, atrevido, desenvuelto, como sus cartas... *(Se sienta rendida en el sillón)* ¡Sus cartas! Leyéndolas, un día y otro he vivido en esta casa aislada de ese mundo, en un mundo mejor, en un mundo ideal. Era maravilloso. Sin conocerle, la imaginación ha hecho que le tuviera a mi lado... Son ciento cuarenta cartas y seis telegramas... ¿Tú crees que hay mujer que resista tanta correspondencia?

CANDI.—No, hija mía. Yo hubiera caído con muchísima menos. ¡Palabra!

MARGA.—*(Transición. En pie)* Pero, ¿dónde está? ¿Por qué se burla de mí? *(Corre otra vez al ventanal seguida de Cándida)* Si es uno de esos hombres que bailan y beben, uno cualquiera, ¿por qué no se descubre? ¿A quién teme? ¿Quién ha pasado aquí esta noche? *(De pronto)* ¡Tía! ¿Será el argentino?

CANDI.—¡No!

MARGA.—*(Aterrada)* ¿Será el de los Balcanes?

CANDI.—¡Toma! ¡O Rigoletto!

MARGA.—¡Oh! Tía Cándida. Voy a volverme loca...

*(Y profundamente abatida vuelve y se deja caer en el sillón con la cara entre las manos. Cándida va con ella, la acaricia y le habla un poco conmovida)*

CANDI.—¡Chiquilla! Ten paciencia... Leonardo no es un hombre vulgar. Es nada menos que el ideal. Te ha conquistado de la manera más original: es original en todo. Aparecerá. Pero ten calma... Figúrate, toda mi vida he estado buscando mi hombre ideal y, de pronto, esta noche ¡ay!- me encuentro con cinco... También tú encontrarás a Leonardo. *(Filosófica)* ¡Si conoceré yo a

los hombres, hija mía! Presumen más que una chica de provincias que es lo más presumido que se conoce...

MARGA.—(*De pronto. Como impulsada por un idea*) ¡Tía Cándida!

CANDI.—¡Margarita!

MARGA.—Sería horrible que Leonardo a estas horas estuviese en los brazos de otra mujer...

CANDI.—¡Margarita!

MARGA.—(*Para sí misma*) ¡Claro! ¿Y por qué no? Después de todo, Leonardo es un hombre como los demás. Es decir, muchísimo más presumido que los demás. ¡Leonardo volvería loca a cualquier mujer!

CANDI.—(*Atónita*) ¡Margarita!

MARGA.—(*Se excita a medida que habla*) Ya está. ¡Ya lo veo todo claro! ¡Leonardo es un sinvergüenza!!

CANDI.—(*Admiradísima*) Pero qué imaginación tiene esta chica. Lo mismo le compra un despacho Renacimiento que le llama sinvergüenza... ¡Y todavía no le conoce!

MARGA.—Me engaña, me engaña. (*Pasea*) ¡Ah, pues no! Si cree que va a convencerme con cuatro mimos y un beso...

CANDI.—¡Un beso! ¡Qué exagerada!

MARGA.—¡Quia! Si piensa que soy una pobre muchacha que se puede dominar fácilmente, tampoco. Ja, ja. Menuda soy yo. No me conoce.

(*Aparece Lucía. Intenta hacerse oír pero ni Margarita ni Cándida le hacen caso*)

LUCÍA.—¡Señora!

MARGA.—Me engaña, tía Cándida, me engaña. Es un canalla. Me regala un vestido y se va con otra. ¿Eh? ¿Qué te parece? Un vestido que ni es auténtico ni ha pertenecido a la Dama de las Camelias, ni muchísimo menos...

CANDI.—(*Indignadísima*) ¡Acabará diciendo que el vestidito es una birria!

LUCÍA.—¡Señora! Yo...

MARGA.—¿Quién será la otra? ¡Oh! Ya sé. La conoció cuando estuvo en Hollywood. Aquello debe de estar lleno de lagartonas...

CANDI.—¡La pobre Ingrid Bergman! Como si lo viera...

LUCÍA.—¡Señora! Con permiso...

MARGA.—(*Buscando refugio en Cándida*) ¡Tía Cándida! Estoy segura de que Leonardo me engaña con una cualquiera... Esto es un adulterio, tía. Un adulterio.

CANDI.—(*Atónita*) Nada, que llama a un abogado y lo mete en la cárcel. (*Transición*) ¡Margarita! ¡Hablas como si Leonardo fuera tu marido! Como si lo conocieras de toda la vida. ¡Y ni siquiera sabes quién es!

MARGA.—(*Desconsoladísima*) ¡¡Tía Cándida!!

LUCÍA.—(*En un grito*) ¡¡Señora!!

MARGARITA. LUCÍA.—¡¡Ay!!

LUCÍA.—(*Con azaro*) Perdone la señora. Pero es que hace un rato que quiero decirle a la señora que en la puerta hay un caballero...

(*Margarita y Cándida corren al lado de Lucía*)

MARGA.—¿Un caballero?

CANDI.—(*Casi al mismo tiempo*) ¿Un caballero?

LUCÍA.—Sí, señora. Un caballero de frac.

CANDI.—¿De frac?

LUCÍA.—Como lo oye la señorita... Quiere entrar y no conoce a nadie y no trae invitación. A mí me parece un desahogado.

CANDI.—¡¡Leonardo!!

MARGA.—(*En un grito*) ¡¡Él!!

LUCÍA.—Eso digo yo, sí, señora; si será él. Pero, si, desde aquí, puede verle la señora...

(*Y corre hacia el ventanal. Cándida y Margarita la siguen*)

MARGA.—¿Quién es?

CANDI.—A ver... ¿Dónde está?

LUCÍA.—Allí, junto a la verja... Ahora enciende un cigarrillo. Es el más alto...

MARGA.—(*Deslumbrada*) ¡Oh! Tía Cándida... ¿Qué te parece ese hombre?

CANDI.—¡Toma! ¡Lo mismo que a ti!

LUCÍA.—¡Ay, sí!

(*Las tres suspiran realmente fascinadas*)

MARGA.—¡Qué desenvoltura!

LUCÍA.—¡Qué facha!

CANDI.—¡Qué hombre! Se parece muchísimo a Melvin Douglas...<sup>6</sup>

6 Melvyn Douglas (1901-1981), actor en papeles de galán gentil y sofisticado como el abogado encantador de *Ninotchka* (1939; d: Ernst Lubitsch) que conquista a la fría funcionaria soviética que interpreta Greta

*(Margarita se aparta del ventanal. Cándida y Lucía la siguen)*

MARGA.—¡Es él! ¡Es él! Está clarísimo. Ahora recuerdo que Leonardo es el único invitado a quien no he podido mandar invitación...

CANDI.—¡Claro! Como que no sabe quién es...

MARGA.—Calla, calla. Es él. Es él. *(Locamente)* Es Leonardo... ¡Mi Leonardo! *(Corre hasta la Cándida y la besa. Va a Lucía y la besa también)* ¡Ya soy feliz, tía Cándida!

CANDI.—¡Sobrina!

MARGA.—¡Qué dichosa soy, Lucía!

LUCÍA.—¡Señora!

MARGA.—*(En el colmo de la felicidad)* ¡Tía Cándida! Cuando te cases con los cinco músicos...

CANDI.—¡Margarita! *(Indignada)* ¡Te prohíbo que digas indecencias! Me casaré con uno.

MARGA.—Bueno. Pues cuando te cases, Leonardo y yo seremos los padrinos... ¡Oh, Leonardo! ¡Leonardo! ¡Y de frac! ¡Voy volando!!

*(Se va corriendo por la puerta del jardín. Cándida y Lucía, detrás)*

LUCÍA.—¡Qué torbellino!

CANDI.—¡Hay que ver qué efecto le ha hecho el frac! Y luego dicen que está pasado de moda...

*(Salen. Antes de desaparecer ellas, asoman las cabezas de Jaime, Basilio y Pedro. Se ve, claro es, que estuvieron escuchando las escenas anteriores. Entran ahora)*

BASILIO.—*(Furiosísimo)* ¡¡Maldita sea mi estampa!!

JAIME.—¡Chiss! ¡Silencio!

BASIL.—¡¡No quiero!! ¡Maldita sea mi estampa!

PEDRO.—*(Secándose el sudor, contrariadísimo)* ¡Está enamorada! ¡Y de verdad!

JAIME.—¡Está local por él! ¡Y no le conoce!

---

Garbo; o el Sr. Cheyne de *Capitanes intrépidos* (1937; d: Victor Fleming).

BASIL.—¡La ha conquistado por carta!! Es el colmo. (*Desesperado*) Pero, ¿cómo no se me habrá ocurrido a mí ese truco? ¡Maldita sea!! Pero, ¿cómo se me va a ocurrir con lo poco aficionado que soy yo a escribir? ¡Bestia!!

JAIME.—¿Quién?

BASIL.—¡Yo! Si pudiera me daba un paliza... Yo creía que lo más que se podía hacer por carta era aprender el francés en quince días. ¡Y resulta que se puede conquistar a las mujeres! ¡Imbécil!

PEDRO.—¡Repórtese!

BASIL.—¡No me da la gana!

PEDRO.—¡¡Basilio!!

BASIL.—(*Encarándose con Pedro*) Ea, se acabó. Ya no le tengo miedo... Estamos iguales. Mientras usted se dedicaba a vigilarme a mí y al pobre Domingo, Leonardo le hacía el amor a la señora por carta. Y usted en el limbo, como un angelito. ¡Idiota!!

PEDRO.—¿Quién?

BASIL.—¡¡Usted!!

PEDRO.—¡Ooooh!

BASIL.—Y ahora la señora se casará y Leonardo que debe ser un tío muy listo, nos pondrá de patitas en la calle.

PEDRO.—¡La señora casada!

JAIME.—(*Como un eco*) ¡Casada!

BASIL.—Casada, sí... Se acabó todo (*Transición, casi en un brinco*) ¡Maldita sea! Pero no han «contao» conmigo... ¡Yo, ahora mismo bajo al jardín y pego una voz: «Don Leonardo al teléfono», y al primero que acuda, me lo cargo. ¡Lo mismo me da que sea el argentino, que Rigoletto o el del frac!!

(*Pedro y Jaime corren hasta él alarmadísimos y le sujetan cada uno de un brazo*)

PEDRO.—¡Insensato!

JAIME.—¿Qué va usted a hacer?

BASIL.—(*Amargamente*) ¡No lo sé! Porque si, al menos, nos la hubiera «quita» de hombre a hombre... Pero imire usted que por carta!

JAIME.—Vamos, vamos.<sup>7</sup>

7 En el original: Basil.—Yo solo quería verla. Nada más. Pero toda la vida...

*(Basilio hunde la cabeza entre las manos. Pedro pasea, muy preocupado, y Jaime atisba desde el ventanal a la entrada)*

PEDRO.—Si lo que pretendiera la señora fuera flirtear un poco... *(Mundano)*  
 Muchísimas señoras casadas, muy morales, muy decentes, flirtean y nadie se lo reprocha: ni sus propios maridos. La verdad es que no se concibe una señora bien educada sin un poco de flirteo... ¡Pero casarse otra vez!...

*(Música suavísima en la orquesta)*

JAIME.—*(Que está ensimismado junto al balcón)* ¡A callar! ¡Que están tocando el Danubio Azul y baila la señora!

PEDRO.—¡Oh!

BASIL.—¡Oh!

*(Y los dos se lanzan hacia el balcón, y al lado de Jaime contemplan embriagados el maravilloso espectáculo)*

JAIME.—¡Está bailando con el de frac!

BASIL.—Para mí que ese no es Leonardo. Es un cursi de los de antes de la guerra.

PEDRO.—¡Oh! La señora se pone colorada...

BASIL.—Juraría que este tío se está aprovechando. ¡Maldita sea!

*(Pausa. Las tres cabezas giran a un tiempo)*

PEDRO.—¡Princesa!

JAIME.—¡Reina!

BASIL.—*(Embelesadísimo)* ¡¡Salero!!

*(Durante otra pausa, los tres, al unísono siguen las invisibles evoluciones del baile de Margarita. Jaime reacciona bruscamente y es el primero que se aparta del ventanal)*

JAIME.—¡¡Basta!! Hay que hacer algo. Ese hombre no se la lleva.

BASIL.—Eso es. ¡¡No se la lleva!! ¿Qué haremos?

PEDRO.—*(Solemne)* Tengo una idea. Esta noche hablaré con la señora. La aconsejaré que olvide a Leonardo. Yo soy el ángel de la señora. La señora me obedecerá.

BASIL.—¡¡Narices!!

PEDRO.—¡¡Basilio!! Más respeto.

JAIME.—No, Pedro. Las mujeres entre el ángel bueno y el ángel malo, solo obedecen al que, de los dos, las hace soñar. Aquí el ángel de los sueños es Leonardo. ¡Leonardo es el diablo! Y usted quiere despertar a la señora. ¡Pobre Pedro! Es usted un ángel a la antigua. No vale.

BASIL.—¡Que va a valer!

PEDRO.—¡Oh!

BASIL.—(*Inspirado*) ¡A mí se me ocurre otro plan. ¡Eso! Ya está. La señora tiene una casa de campo en Extremadura.

PEDRO.—¡SÍ!

BASIL.—Eso es... (*Muy contento*) Al amanecer cogemos a la señora, la metemos en el coche y, a la fuerza, pero con mucho mimo, eso sí, la llevamos a la finca. Nos vamos los tres con ella y la tenemos allí un año encerrada.

PEDRO.—(*Aterrado*) ¡Qué animal!

BASIL.—Y, mientras, Leonardo, se despista. (*Ilusionado*) ¿Qué le parece?

JAIME.—Tampoco. Eso es un secuestro. Está en el Código y el Código deja siempre en ridículo a los enamorados. (*Transición*) Pero no podemos permitir que ese hombre se la lleve ¡No, no, y no!

BASIL.—¡No!

PEDRO.—¡No!

JAIME.—El peligro solo está en esta noche... La señora sueña con un hombre que ni siquiera conoce... Pero de un momento a otro ese sueño, será una realidad. Leonardo puede aparecer ante ella. ¡O está ahora mismo en el jardín!

(*Los tres se agitan nerviosísimos*)

PEDRO.—¡SÍ! ¡SÍ! Es el desconocido del frac...

BASIL.—Para mí que Leonardo es el argentino.

JAIME.—¡Silencio! ¡Hay que impedir que la señora caiga esta noche en los brazos de Leonardo! ¡Por la fuerza, si es necesario!

BASIL.—Como sea... Yo soy muy bruto.

JAIME.—Hay que vigilar a la señora. Y cuando Leonardo aparezca...

BASIL.—(*Siniestro*) ¡¡Basta!! Ni una palabra.

JAIME.—Perfectamente. Usted, Pedro, al vestíbulo principal. Si ve usted que algún sospechoso habla con la señora, avise. Y si alguien quiere besarla...

BASIL.—¡Péguele un tiro!

PEDRO.—¡Santo Dios!

JAIME.—Usted, Basilio.

BASIL.—¡Mande!



JAIME.—Corra a la puerta de servicio... Desde allí domina usted el jardín. Yo vigilaré estas habitaciones y el dormitorio de la señora...

BASIL.—(*Nostálgico*) Le ha «tocado» a usted lo mejor. ¡Maldita sea!

JAIME.—(*Desde el balcón*) ¡Pronto! Salgan ustedes. La señora viene hacia aquí.

BASIL.—¡Andando! ¡Ah!

(*Se detienen los tres*)

Si oyen ustedes un silbido largo es que necesito ayuda.

JAIME.—¡Acudiremos!

BASIL.—Entonces... ¡En marcha! Voy a pasar antes por el garaje.

PEDRO.—¿Para qué?

BASIL.—(*Sonríe siniestro*) ¡Je! Para coger una llave inglesa... Por si acaso. Y lo dicho. ¡Un silbido! (*Sale*).

PEDRO.—¡Oh! ¿Qué va a pasar aquí? (*Y sale tras Basilio*).

(*Durante unos instantes, Jaime solo en escena. Apaga parte de las luces. Y la salita queda en una grata semipenumbra. Una pausa brevísima. Jaime silba una canción alegre. Entra por el fondo muy despacio, Margarita. Se sienta con desmayo en el sillón y cierra los ojos. Al cabo escucha la cancioncilla de Jaime, abre los ojos y vuelve hacia allí la cabeza*)

MARGA.—¿Quién anda ahí?

JAIME.—¡Señora!

MARGA.—(*Decepcionada*) ¡Ah! Es usted, Jaime.

JAIME.—Perdone la señora. Pensé que la señora podía necesitarme a última hora.

MARGA.—Gracias... ¿Y sus compañeros?

JAIME.—Se han retirado, señora. Están ocupadísimos.

MARGA.—¿Qué hacen?

JAIME.—Sueñan.

MARGA.—¿Cómo?

JAIME.—(*Sonríe*) ¡Sueñan! Es natural, señora. Son las dos de la madrugada. Los criados no tienen tiempo de soñar durante el día...

MARGA.—¡Ah! Es cierto. ¡También los criados sueñan!

JAIME.—Como todo el mundo, señora. Es una manía...

(*Margarita va al ventanal. Se apoya en la jamba mirando al cielo. Aspira el aire fresco de la noche*)

Si la señora lo permite, le diré que la señora está un poco pálida...

MARGA.—Estoy fatigada... No es nada.

JAIME.—Un poco de coñac con soda, reanimaría a la señora...

MARGA.—No. Gracias.

JAIME.—Me alegro. Personalmente, prefiero que la señora esté un poco pálida...  
Me gusta más.

MARGA.—(*Vuelve la cabeza asombradísima*) ¿Qué?

JAIME.—(*Naturalísimo*) Aunque naturalmente la señora de cualquier modo resultaría bonita... Hasta vestida con un traje regional, que ya es decir.

MARGA.—(*Casi sin querer*) ¡Muchas gracias! (*Transición*) ¡Jaime!

JAIME.—¡Señora!

MARGA.—Puede usted retirarse. ¡Buenas noches!

JAIME.—Buenas noches, señora (*Marcha*).

MARGA.—(*Sonriendo se vuelve*) Un momento. ¿Usted también se marcha a soñar?

JAIME.—Sí, señora. Con permiso de la señora. Soy un poco aficionado...

MARGA.—¡Ah! ¿Y qué quisiera usted soñar esta noche?

JAIME.—Cualquier cosa agradable... Por ejemplo: que me caso con la señora.

MARGA.—(*Con sobresalto*) ¿Está usted loco?

JAIME.—Ruego a la señora que no se ofenda. Es probable que jamás me case con la señora...

MARGA.—¡Desde luego!

JAIME.—(*Superior*) ¡Quién sabe!

MARGA.—¡Jaime!

JAIME.—Pero, de todos modos, se equivoca la señora si cree que esta noche puede impedir nuestra boda.

MARGA.—¿Qué está usted diciendo?

JAIME.—Figúrese la señora. Yo ahora subo a mi habitación. Me acuesto. Apago la luz. Cierro los ojos. Y de pronto aparece ante mí la señora, tal como es: bonita, espiritual, muy bonita... ¡Irresistible!

MARGA.—(*Involuntariamente*) ¡Gracias!

JAIME.—De nada. Entonces, yo, me acerco a la señora, y la cojo de la cintura...

MARGA.—¡Imposible! Yo no lo permitiré...

JAIME.—Recuerdo a la señora que, para desgracia mía, la señora no estará presente. Solo es un sueño. Después de todo, así todas las ventajas son para la señora...

MARGA.—¿De veras?

JAIME.—Sí, señora. Porque si la señora y yo nos casáramos de verdad, es posible que, pasado algún tiempo, la señora me decepcionara (*suspira*) como sucede en tantísimos matrimonios.

MARGA.—¡Jaime!!

JAIME.—(*Saluda*) ¡Señora!

MARGA.—(*Toca un timbre*) ¡Retírese!

JAIME.—Sí, señora.

MARGA.—(*Viéndole marchar. Una transición*) ¡Jaime... Jaime!...

(*Él se vuelve y sonrío*)

¿Quién es usted? ¿De dónde ha venido? Usted no parece un criado. Tiene usted otras ambiciones, ¿verdad?

JAIME.—Una sola. (*Sonriente*) ¡La felicidad!

MARGA.—¡Ah!

JAIME.—Me gustaría poner un día en mis tarjetas: «Jaime Bernal. Hombre feliz». Me parece mucho más bonito que poner arquitecto o perito agrícola.

MARGA.—Más bonito, claro.

JAIME.—Además, no está bien que yo lo diga... (*Con un gesto superior*) Pero yo no soy arquitecto ni perito agrícola. (*Sonríe y saluda gentilmente*) Buenas noches, señora.

MARGA.—(*Que no deja de mirarle fijamente*) ¡Jaime!

JAIME.—¡Señora!

MARGA.—(*Un paso. Anhelante*) ¿Quién es usted? ¡Dígamelo! ¡Pronto!!

JAIME.—¡Señora!

(*Dentro, un silbido agudo y prolongadísimo. Jaime brinca*)

¿Eh? ¡Voy! Con permiso de la señora. No puedo entretenerme... Un momento. ¡Voy! ¡Voy!

(*Y sale disparado, corriendo. Casi atropella a Lucía que entra al mismo tiempo*)

MARGA.—¡Jaime!

LUCÍA.—¡Ay, qué ciclón! ¿Ha llamado la señora?

MARGA.—Sí, Lucía... ¿Qué piensas tú de ese hombre?

LUCÍA.—¿Qué va a decir una... Que tiene un aire... Un no sé qué, que tienen algunos hombres. ¡Ay, ese caballero del frac también lo tiene!

MARGA.—¡No lo nombres!

LUCÍA.—¿Cómo? Pero ¿no es Leonardo?

MARGA.—(*Dolorosamente*) No es Leonardo. Es un chasco. Además, fijándose bien, ni es tan guapo, ni tiene tan buena figura... Es un viejo amigo de mi marido.

LUCÍA.—(*Indignada*) ¡Ah, vamos!

MARGA.—Se conocieron de muchachos en un colegio de Londres. Él no ha vuelto a España hasta hoy, y al enterarse de la muerte de mi marido, ha querido conocer a la viuda. Como que venía dispuesto a pasar la velada conmigo hablando de mi marido... ¡Y llorando juntos!!

LUCÍA.—¡Vamos! Resulta que se ha puesto el frac para darle a la señora una velada necrológica...

*(Un enorme griterío en el jardín. Se oye clarísima entre el escándalo, una voz de hombre que grita)*

VOZ DE HOMBRE.—¡¡Socorro!!

MARGA.—¿Eh?

LUCÍA.—¡Ay, señora!

*(Corren las dos hacia el ventanal)*

VOZ DE HOMBRE.—¡¡Socorro!!

MARGA.—¿Qué escándalo es ese? ¿Quién grita? ¿Qué ha pasado?

*(En el jardín, ante el ventanal, descompuesta aparece Cándida)*

CÁNDIDA.—¡Margarita! ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGA.—¡Tía Cándida! ¿Qué ocurre?

CANDI.—(*Excitadísima*) ¡Basilio!

MARGA.—¿Qué?

CANDI.—Tu chófer que ha cogido al argentino y lo ha encerrado en el garaje...

MARGA.—¡No!

CANDI.—Dice que es Leonardo y le va a dar una paliza...

*(Y desaparece corriendo)*

MARGA.—¡Ay! (*Y cae desmayada en su sillón*).

LUCÍA.—¡Señora! ¡Señora, por Dios! ¿Es que se ha desmayado la señora? ¡Ay, que sí, que se ha desmayado! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué noche! Las sales... ¿Dónde están las sales?

*(Y se va corriendo por la puerta de la alcoba. Van cesando los rumores en el jardín. Margarita, sola, continúa desvanecida. Después de una cortísima pausa entran por el fondo, sigilosamente, en fila india, los cinco músicos. Los cinco músicos son pálidos, palidísimos, y terriblemente rubios del mismo color. Visten igual, pantalón negro y «smoking» blanco. Cada uno trae su arco y su violín. Al entrar se detienen un instante y luego al descubrir a Margarita avanzan, emocionadísimos, de puntillas)*

MÚSICO 1.º.—¡Chiss! Miradla...

*(Llegan hasta Margarita y los cinco alrededor del sillón la contemplan casi con lágrimas en los ojos)*

MÚSICO 2.º.—¡Oh!

MÚSICO 3.º.—¡Duerme!

TODOS.—*(Muy enternecidos)* ¡Duerme!

MÚSICO 5.º.—Tiene unos hoyuelos...

MÚSICO 3.º.—Es una paloma...

TODOS.—*(Bajísimo)* ¡Una paloma!

MÚSICO 1.º.—¡Si ella supiera...!

TODOS.—*(Con un dedo en los labios)* ¡Chiss!...

*(Los cinco se inclinan más sobre Margarita. Ella, sin abrir los ojos, sonrío y musita dulcemente)*

MARGA.—¡Leonardo!

LOS CINCO.—*(Embobados)* ¡¡Oh!!

*(Se miran entre sí, sonrío los cinco y cuchichean, en secreto, muy risueños. Una pausa cortísima. Surge Cándida en el fondo y enciende las luces al entrar. Ve a los cinco músicos rodeando a Margarita, da un grito y se deja caer casi desvanecida, en otro sillón)*

CÁNDIDA.—¡Ayyyyy! ¡¡Ellos también!! ¡¡Miserables!!

*(Aparecen Jaime, Pedro y Basilio. Este trae el pelo revuelto y un indiscutible aire de refriega)*

JAIME, PEDRO, BASIL.—¡¿Qué?! *(Un grito al unísono)*.

JAIME.—¡¡Los músicos!!

BASIL.—*(Excitadísimo)* ¿A que va a resultar que uno de estos es Leonardo? ¡¡Me cargo los cinco!!

PEDRO.—*(Suplicante)* ¡No! ¡Otro escándalo, no!

JAIME.—¡Quieto!

*(Basilio quiere avanzar. Pedro y Jaime se lanzan sobre él. Los cinco músicos no se han dado cuenta de nada, en su mundo. Jaime y Pedro a duras penas sujetan a Basilio. Entra Lucía. De la sorpresa se queda inmóvil en el umbral)*

LUCÍA.—Pero, ¿también los músicos se han enamorado de la señora?

CANDI.—¡¡También!!

LUCÍA.—¿Los cinco?

CANDI.—*(Furiosísima)* ¡¡Los cinco!! ¡Infames! ¡Y menos mal que no ha venido la Sinfónica!

*(Los cinco músicos, transidos de ternura, comienzan a tocar piano, pianísimo, «Voces de primavera»)*

TELÓN

## ACTO TERCERO

En el mismo lugar. Unos instantes después de transcurrido el acto anterior.

*(En escena, Pedro y Basilio. Este, en pie, con el oído pegado a la puerta de la alcoba de Margarita. Pedro, abrumado y cariacontencido, pasea y se limpia el sudor de vez en cuando)*

PEDRO.—¿Qué?

BASILIO.—Parece que no ha vuelto todavía. Por lo visto es un síncope gordo.

PEDRO.—¡La pobre señora!...

BASIL.—*(Imperioso)* ¡Chiss! *(Escucha)* No, no es ella. Es la señorita Cándida que está muy enfada...

PEDRO.—¿Qué dice?

BASIL.—*(Después de escuchar)* Animales.

PEDRO.—*(Se estremece)* ¡Se refiere a nosotros!

BASIL.—Quién pensaba que la señora se iba a desmayar! Y total, por nada. Porque hemos «pegao» al argentino. Es que las mujeres son más exageradas...

PEDRO.—Pero, ¿le parece a usted poco? En esta casa se ha maltratado a un huésped de la señora. Y ¡qué huésped! Un extranjero. Seguramente habrá un reclamación. *(Indignado)* Claro que usted no sabe lo que es una reclamación diplomática...

BASIL.—Sí, señor. Lo que viene después del hecho «consumao»... Una lata.

PEDRO.—¡El pobre señor!

BASIL.—*(Cejijunto)* Un golpe que ha «fallao». Pero no importa. Lo que hace falta es constancia y no cansarse...

PEDRO.—¿Eh? ¿Qué dice este bárbaro?

*(En la embocadura del fondo, aparecen los cinco músicos. Se detienen en el umbral, y miran con emoción la puerta cerrada de la alcoba de Margarita)*

MÚSICO 1.º.—*(Tímidamente)* Con permiso...

LOS CINCO.—Nosotros...

BASIL.—¡Que hable uno solo! ¡Maldita sea!

MUSI. 1.º.—Nosotros queremos saber si la señora ha vuelto de su desmayo...

LOS CINCO.—Eso es...

BASIL.—¡Volverá cuando le dé la gana!

PEDRO.—Hombre, eso... Le diré.

MUSI. 5.º.—Yo estoy más nervioso...

MUSI. 1.º.—¡Y yo!

MUSI. 2.º.—¡Y yo!

MUSI. 3.º.—¡Y yo!

MUSI. 1.º.—(*Emocionadísimo*) ¡Si ella enferma no sé qué va a ser de mí!

MUSI. 2.º.—¡Y de mí!

MUSI. 3.º.—¡Y de mí!

MUSI. 4.º.—¡Y de mí!

MUSI. 1.º.—Por piedad, caballeros. ¡Que llamen a un médico!

LOS CINCO.—(*Acongojados*) ¡Un médico! ¡Un médico!

BASIL.—(*Se vuelve hacia ellos como una fiera*) ¡¡A callar!!

LOS CINCO.—(*Muy asustados*) ¡¡Ay!!

BASIL.—(*Ronco*) La señora se ha «desmayao» y al que le turbe la paz de su desmayo le rompo la cara...

LOS 5.—(*Atemorizados*) ¡Oh!

BASIL.—¡iY se llamará al médico cuando ella lo pida!!

MUSI. 1.º.—(*Prudente*) Pero, si está desmayada ¿cómo lo va a pedir?

PEDRO.—¡Claro!

BASIL.—¡iSilencio!!

LOS CINCO.—(*Retroceden y hacen además de salir*) ¡¡Ay!!

BASIL.—¡Quietos! De aquí ya no se mueve nadie...

MUSI. 1.º.—(*Los cinco se vuelven dócilmente y se secan el sudor*) Como usted guste. Sí, señor.

LOS CINCO.—¡Sí, señor!

BASIL.—Ahí, quietecitos. (*Siniestro*) Y callaos. Ahora, lo primero es el «estao» de la señora, que para eso estamos todos «enamoraos»... Pero en cuanto a la señora se le pase el síncope, hay que aclarar aquí muchas cosas... (*Y mira de un modo terrible a los cinco músicos*) ¿Entendido?

LOS CINCO.—(*Se arrinconan más aún*) Sí, señor.

PEDRO.—¡Hombre, Basilio! Pero, ¿es que usted sospecha que uno de estos hombres puede ser Leonardo?

BASIL.—(*Sin dejar de mirarlos*) ¡Sospecho de los cinco!

PEDRO.—¡Cristo!

BASIL.—(*Se vuelve de pronto y se queda mirando a Pedro fieramente, de hito en hito*) ¡Sospecho de quien me da la gana!... ¿Qué pasa? (*Terrible*) Sospecho de todos... ¿Lo oye usted?

PEDRO.—(*Aterrado*) Supongo que no... que no... creerá usted que yo soy Leonardo.



BASIL.—¿Y por qué no?

PEDRO.—¡¡Demonio!!

BASIL.—(*Da un paso hacia Pedro. Este retrocede*) ¿Es que no está usted loco por la señora? ¿Es que no se le puede a usted haber ocurrido la idea de mandar esas cartas a la señora sin moverse de aquí?

PEDRO.—¡¡Basilio!!

BASIL.—Usted tiene amigos en todas partes. Y para escribir se da usted muy buena maña, porque es usted muy leído... ¡Granuja!

MUSI. 1.º.—¡Le ha llamado granuja!

MUSI. 3.º.—Es que dice que es muy leído.

PEDRO.—¡Basilio! Yo le juro...

BASIL.—(*Inexorable*) ¡No vale! Los enamorados juran en falso y se quedan tan frescos... Ya se sabe.

PEDRO.—¡Basilio!

(*Entra Jaime. Viene del jardín*)

JAIME.—¡Se acabó la fiesta! Los caballeros se marchan asustados. Creen que vamos a hacer con todos lo mismo que con el argentino. Nos han tomado miedo, y, claro, se van. En cambio, las señoras,<sup>8</sup> se han enterado de todo y, a todo trance, quieren saber quién es Leonardo... (*Se sienta fatigado*) ¡Ahora sí que nos va a ser difícil atrapar a Leonardo!

BASIL.—(*Sibilino*) ¿Usted cree?

JAIME.—Eso creo... (*Muy divertido*) Es decir: como Leonardo no sea uno de nosotros.

BASIL.—(*Se acerca a él lentamente*) Lo mismo estaba pensando yo...

JAIME.—Hombre... (*Ríe*) ¿Por qué me mira usted así? ¿Se figura usted que Leonardo soy yo?

BASIL.—¿Y por qué no? ¿Quién es usted?

(*Los cinco músicos, desde su ángulo, siempre agrupados, escuchan atentísimos*)

MUSI. 1.º.—¿Oís?

MUSI. 2.º.—¡Chiss!

---

8 En el original: ahí están: no se mueve ni una.

BASIL.—¿De dónde ha salido? ¿Por qué ha venido usted a esta casa y precisamente esta noche? ¿Eh? ¿De verdad es usted un «criao»? Porque yo no estoy muy seguro... He «estao» en su cuarto y le he «registrao» el equipaje. ¡Y no es el equipaje de un «criao», ea! ¡Tiene de todo! Hasta una máquina fotográfica...

JAIME.—Oiga, amigo. ¿Quién le autoriza?

BASIL.—¡A mí no me cuente usted películas, que usted es muy peliculero! Usted está enamorado de la señora desde la nohecita de San Sebastián. Y si nos ha «estao» tomado el pelo toda la noche, se la va a ganar...

MUSI. 1.º.—¡Se la gana!

MUSI. 2.º.—¡Huy! Con lo bruto que es este chófer.

JAIME.—(*En pie*) ¡Basilio! No le consiento...

*(Están los dos frente a frente, en actitud de desafío. Los cinco músicos y Pedro se acercan cautelosos y los rodean. Jaime mira a todos de uno en uno y sonríe)*

Tiene usted razón... Leonardo puede ser uno cualquiera de nosotros...  
(*Pausa*) Usted mismo, Basilio.

BASIL.—(*Desarmado*) ¿Eh?

PEDRO.—(*Iluminado*) Hombre, pues es verdad; no se me había ocurrido... ¿Por qué no?

MUSI. 1.º.—(*A sus colegas*) ¿A que resulta que se la va a ganar él?

*(Basilio cae en un sillón abrumado, y habla con acento verdaderamente desgarrador)*

BASIL.—Pero, imaldita sea mi estampa! ¡Si el único que no puede ser Leonardo soy yo!

JAIME.—¿Por qué?

BASIL.—¡Porque cuando me pongo a escribir no se me ocurre nada! ¡Y lo poco que se me ocurre no tiene ortografía!

*(Todos se apartan de él decepcionados y despectivos)*

TODOS.—¡Oh!

BASIL.—¡Ah, vamos!

MUSI. 1.º.—¡No tiene ortografía!

MUSI. 2.º.—Es un analfabeto.

MUSI. 3.º.—¡Qué animal!

BASIL.—(*Alza los ojos y los mira a todos torvamente*) Le voy dar a uno una bofetada...

(*Aparece Lucía en la puerta de la alcoba. Los ocho hombres se lanzan sobre ella materialmente y la asedian. Hablan todos a un tiempo*)

TODOS.—¡Lucía!

LUCÍA.—(*Asustada*) ¡Ay!

JAIME.—¿Cómo está la señora?

BASIL.—¿Le dan escalofríos?

MUSI. 1.º.—¿Le han tomado el pulso?

BASIL.—¿Ha vuelto en sí? (*Rapidísimos*).

LUCÍA.—Sí... Ha vuelto en sí. Está descansando.

TODOS.—(*Alegrísimos*) ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

MUSI. 1.º.—La señora está salvada.

TODOS.—¡Salvada! ¡Salvada!

JAIME.—¡Viva la señora!

TODOS.—¡Viva!!

(*Los ocho hombres están alegrísimos. Algunos palmotean. Los músicos se abrazan entre sí. Y todos se agitan y hablan llenos de felicidad*)

JAIME.—¡Lucía! ¿Al abrir los ojos ha dicho «dónde estoy»?

LUCÍA.—De ninguna manera. La señora no tiene la costumbre de desmayarse y no sabe lo que hay que decir cuando se recupera el sentido...

PEDRO.—¡Claro!

MUSI. 1.º.—(*Tierno*) ¡No lo sabe!

BASIL.—Es más inocente...

LUCÍA.—Como la señorita Cándida estaba a su lado, la señora, no ha dicho más que «¡Hola, tía!»

BASIL.—(*Embobado*) «¡Hola, tía!» ¿Tiene o no tiene gracia?

MUSI. 1.º.—¡Tiene gracia!

MUSI. 2.º.—¡Tiene gracia!

MUSI. 3.º.—¡Tiene gracia!

LUCÍA.—Y después...

TODOS.—(*Se acercan más a ella*) ¿Qué? ¿Qué?

LUCÍA.—(*Un suspiro*) Después... preguntó si se sabe ya quién es Leonardo.

TODOS.—¡Oh!

(*Todos se revuelven al mismo tiempo con un gesto de contrariedad*)

JAIME.—¡Siempre Leonardo!

LUCÍA.—¡Siempre!

BASIL.—El tío ese...

PEDRO.—¡Qué canalla!

JAIME.—¡Qué ladrón!

BASIL.—¡Qué morral!

(*Aparece Cándida en la puerta de la alcoba a tiempo de oír las últimas frases*)

CÁNDIDA.—¡Hola! ¿Es que han encontrado a Leonardo?

TODOS.—(*Furiosos*) ¡¡No!!

CANDI.—¿Han pegado a algún otro invitado?

MUSI. 1.º.—Creo que no, señorita...

BASIL.—(*Desconsolado*) Como se han «marchao» todos, hemos perdido la pista...  
Es una pena.

CANDI.—¡Qué bestia!

BASIL.—¡Señorita Cándida!

CANDI.—¡A callar!

(*El músico 1.º que ha cuchicheado con sus colegas, avanza unos pasos*)

MUSI. 1.º.—Un momento...

CANDI.—(*Le mira y le vuelve la espalda muy digna*) ¡Lucía! Dile a ese infame que se calle.

LOS CINCO.—(*Avanzan otro paso*) Nosotros...

CANDI.—¡¡Que se callen los cinco!!! No quiero verlos; no quiero oírlos. ¡Frívolos!  
¡Desvergonzados! ¡Mujeriegos!

LOS CINCO.—Nosotros...

CANDI.—Parecen un orfeón. (*Furiosísima*) Que hable uno solo.

MUSI. 1.º.—Nosotros, a propósito de Leonardo, tenemos que declarar algo muy importante...

TODOS.—¿Qué?

MUSI. 1.º.—(*Se detiene*) ¿No nos oye nadie?

TODOS.—¡¡No!!

MUSI. 1.º.—Nosotros no somos Leonardo.

(*Los cinco niegan*)

TODOS.—¡Aaaah!

MUSI. 1.º.—Lo que sucede es que nosotros somos muy enamoradizos...

(*Los cinco asienten*)

MUSI. 2.º.—(*Ocultando una lágrima*) Es una fatalidad.

MUSI. 3.º.—¡Una tragedia!

MUSI. 4.º.—(*Tristísimo*) ¡Y que a esto le llamen vivir!

MUSI. 1.º.—Y como estamos tan compenetrados, y somos muy sentimentales, en todas las fiestas los cinco nos enamoramos siempre de la misma señora. Esta noche nos ha sucedido igual que cuando nos enamoramos de la esposa del embajador de Inglaterra... Un flechazo.

BASIL.—(*Boquiabierto*) ¡¡Atiza!!

MUSI. 2.º.—¡Oh! Apenas salió la señora al jardín se acercó y me dijo: Se parece usted mucho a Schubert...

MUSI. 3.º.—¡Que finura!

MUSI. 4.º.—¡Qué delicadeza!

BASIL.—(*Admirada*) ¡Qué fantasía tiene mi sobrina!

MUSI. 5.º.—A mí me preguntó: ¿Cuál es su vals preferido? Y cuando contesté que Voces de primavera me cogió las manos, y casi me echo a llorar...

CANDI.—¡Lo creo!

MUSI. 1.º.—A mí me dio la mano y me dijo...

JAIME.—¿Qué?

BASIL.—¿Qué le dijo?

MUSI. 1.º.—(*Enternecido*) ¡Buenas noches!

Los 5.—¡Oh!

BASIL.—(*Conmovido*) Si a ella nunca le falta una frase. Está visto...

PEDRO.—Tiene un ingenio...

JAIME.—Y un...

CANDI.—¡Basta! Se acabaron los piropos a la señora... A callar todo el mundo. Aquí no habla nadie más que yo, ea.

PEDRO.—¡Señorita Cándida!

CANDI.—¡He dicho que a callar! Ya tenía yo ganas de encontrármelos reunidos, cara a cara... De manera que usted está enamorado de mi sobrina, y usted, y usted. ¡Y ustedes cinco también!! Y puesto que están enamorados de mi sobrina, se han declarado enemigos de Leonardo... ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

JAIME.—Porque el amor es ciego, señorita. Los enamorados no razonan.

BASIL.—¡Maldita sea! Porque Leonardo no le conviene a la señora. ¿Qué se va a esperar de un tío que no da la cara y que conquista a las mujeres por carta?

CANDI.—Habrás visto. ¡Leonardo, un «tío»!<sup>9</sup>

PEDRO.—Porque Leonardo es un fresco. No es un hombre respetable, señorita Cándida. Si al menos fuera un hombre de orden...

CANDI.—Los hombres de orden están muy desacreditados y no se llevan...

PEDRO.—Eso debe de ser cosa de la política que lo revuelve todo. Pero yo soy tradicionalista y quisiera para la señora un hombre de cierta edad... (*Ruborizado*) Lo que se dice un hombre respetable.

CANDI.—Justo. Usted quisiera para mi sobrina un hombre como usted. Y usted lo mismo. Y usted... Y ustedes también. (*Enfadadísima*) Pero, ¿es que ustedes han llegado a pensar que mi sobrina se va a casar con uno de ustedes...? ¿Con el mayordomo? ¿Con el chófer?

(*Pedro baja la cabeza ruborizado. Estremeciéndose*)

BASIL.—¡Maldita sea! Cómo nos humilla la burguesía...<sup>10</sup>

CANDI.—¿Con el interino? (*Dirigiéndose a Jaime*) Porque usted acaba de llegar y ni siquiera es de plantilla...

JAIME.—¡Señorita!

CANDI.—(*Encarándose airada con los músicos*) ¡O con la banda de ingenieros!!

LOS 5.—(*Humilladísimos*) ¡Oh!!

MUSI. 1.º.—¡Nosotros, una banda!

CANDI.—¿Es que están ustedes locos?

(*Todos muy avergonzados y conmovidos bajan la cabeza*)

¡Enamorarse de mi sobrina! Naturalmente, que de mi sobrina se enamora todo el mundo... Pero hasta ahora jamás tuvo enamorados tan peligrosos como

9 Cándida destaca que Leonardo, quienquiera que sea, es un señor y no un «tío» en el sentido de 'persona rústica y grosera', cosa que sí es Basilio el chófer.

10 En el original, «burguesía» sustituye a *clase media*.

ustedes. ¡Qué locura! ¡Qué atrevimiento! Pero, ¡grandísimos insensatos!, ¿ustedes imaginan lo que ocurriría si alguno de ustedes se casara con mi sobrina? *(Un silencio dramático)* No se lo figuran, ¿verdad? Pues yo, sí, lo sé, porque como tengo mucha imaginación, adivino el porvenir. *(Sonríe)* Y voy a decirles lo que sucedería si Margarita se casara con uno de ustedes...<sup>11</sup> Escuchen...

*(Se apagan todas las luces)*

*(OSCURO TOTAL)*

*(En medio de la absoluta oscuridad, un rayo de luz blanca cae sobre el sillón de Margarita. El resto de la escena está en sombras. Todos los personajes de la escena anterior han desaparecido. Margarita está sentada en su sillón en una actitud de inconsolable aburrimiento. A su lado, en pie, muy cerca, el músico 1.º toca el violín. Margarita bosteza, de cuando, en cuando, sin ningún disimulo, una pausa)*

MARGA.—¿Qué es eso que estás tocando?

MUSI. 1.º.—*(Sin dejar de tocar)* ¡Chiss! ¡Monteverdi!

MARGA.—¡¡Oh!! Desde que nos hemos casado todas las noches tocas Monteverdi...

Yo no sé cómo no te cansa Monteverdi. ¡Es un músico absurdo!

MUSI. 1.º.—*(Deja de tocar disgustadísimo)* ¡Absurdo Monteverdi! ¡Qué horror!

Está bien... Tocaré otra cosa. Oye...

*(Lanza con su violín una nueva melodía. Margarita escucha)*

MARGA.—¿Qué música es esa tan triste?

MUSI. 1.º.—¡Chopin!

MARGA.—¡Qué cursi!

MUSI. 1.º.—*(Casi llorando)* ¡Dios santo! ¡Cursi Chopin!

MARGA.—*(Furiosa)* Pero, ¿es que no sabes tocar más que tonterías? ¿Por qué no tocas algo más animado?

MUSI. 1.º.—*(Dolorosamente incomprendido)* Bueno, tocaré «Parsifal»

MARGA.—*(En un grito)* ¡No!

<sup>11</sup> En el original: *Un momento.*

MUSI. 1.º.—Pero, Margarita, ¿qué quieres que toque?

MARGA.—¡«Ojos verdes»!<sup>12</sup>

MUSI. 1.º.—(Aterrado) ¿Qué has dicho?

MARGA.—¡«Ojos verdes»! ¡Quiero que toques «Ojos verdes»! ¿Os es que tú eres un músico que no sabe tocar «Ojos verdes»?

(OSCURO TOTAL)

*(Transcurridos unos segundos cae de nuevo el foco blanco sobre el sillón y la pequeña zona que rodea. En el sillón repantingado, orondo y feliz, está Pedro sin abandonar en modo alguno su cuello de pajarita y su corbata negra. Viste una gran bata, fuma un puro tremendo y se cubre las piernas con una lujosísima manta. Tiene en las manos un gran libro encuadernado que lee atento. Margarita, pasea delante de él y, a menudo, alrededor del sillón. De vez en cuando se detiene y le contempla con una gran curiosidad. Él, imperturbable, fuma y lee. Así, durante unos segundos, deteniéndose al fin)*

MARGA.—¡Pedro!

PEDRO.—(Aparta los ojos del libro y la mira) ¿Qué quieres, hijita?

MARGA.—Verás. Yo creo que alguna noche deberíamos salir... Por ejemplo, los jueves, y hasta cenar fuera de vez en cuando.

PEDRO.—Pero mujer...<sup>13</sup> que cenan en los restaurantes y luego se meten en las «boîtes» y bailan hasta la madrugada...<sup>14</sup> Nosotros pasamos las veladas en casa, como corresponde a un matrimonio respetable...

MARGA.—(Desesperada) ¡¡Pedro!! Estoy harta de ser una mujer respetable.

PEDRO.—(Severísimo) ¿Eh? ¿Qué has dicho, Margarita?

12 *Ojos verdes*: copla de Rafael de León, Salvador Valverde y el maestro Manuel Quiroga. «“Ojos verdes” es una de las coplas más bellas y populares que se han compuesto. La han cantado muchos artistas, entre los que destacan: Miguel de Molina, Concha Piquer, Rocío Jurado, Isabel Pantoja o Pasión Vega» (<http://premiosagequodagis.blogspot.com/2009/10/ojos-verdes-rafael-de-leon-quiroya-y.html>. 5 marzo 2010).

13 En el original: ¡No pretenderás que hagamos lo que hacen por ahí ciertos matrimonios

14 En el original: Son gentes que carecen del sentido de la tradición.



MARGA.—(*Transición. Humildísima*) Estoy un poco nerviosa<sup>15</sup> Perdóname, Pedro.<sup>16</sup> Realmente,<sup>17</sup> es una suerte para mí, haberme casado contigo... Te estoy muy agradecida.

PEDRO.—(*Bondadoso*) ¡Qué niña eres! Tú te lo mereces todo... (*Chupa el puro. Vuelve a su lectura. Pausa*) ¿Qué haces, Margarita?

MARGA.—(*Con timidez*) Buscaba un cigarrillo...

PEDRO.—¡¡No!! (*Chupa el puro*) Ya sabes mis órdenes. No transijo con estas costumbres...

MARGA.—(*Suplicante*) Pedro, un cigarrillo. Uno solo, por piedad...

PEDRO.—(*Enfadadísimo*) ¡¡Ni hablar!! (*Chupa el puro y tose*) ¡Ejem...! (*Tose más*) ¡Ca...caramba!

(*Ya tose con verdadera desesperación. Ella acude a su lado asustadísima*)

¡Demonio! ¡Me ahogo!

MARGA.—¡Pedro! ¡Pedro! ¡No fumes más! Tira ese puro... ¡Ay, Dios mío! ¿Respiras mejor? ¡Ay, Pedro, no me asustes!

PEDRO.—(*Ahogándose*) ¡Canastos!

MARGA.—¡Ay, ay, Dios mío!

(*Pedro tose sin parar de una manera mortal. Ella acongojadísima le da golpecitos en la espalda*)

(*OSCURO TOTAL*)

(*Una pausa. Foco, como antes, sobre el sillón de Margarita. Se oye un disco con una música moderna. Jaime con su batín y un pañuelo blanco al cuello, baila en torno al sillón con Lucía. Hay dos doncellitas más, ataviadas como Lucía, con su cofia y su delantalito, que miran a Jaime con ojos de embeleso. Jaime, de*

15 En el original: No sé lo que digo.

16 En el original: Pedro.—(*Paternal y severo*) Vamos, vamos. = (*Se enfrasca de nuevo en su lectura. Ella pasea. Otra pausa*) = Marga.—¡Pedro! ¿Qué es lo que lees con tanta atención todas las noches? = Pedro.—(*Sonríe superior*) ¡Oh! ¡Busco mi árbol genealógico! = Marga.—(*Asombrada*) ¡¡Tú!! Pero, ¿tú también tienes árbol genealógico? = Pedro.—(*Indignado*) ¡Naturalmente! ¿O creías que te habías casado con un cualquiera? Falta la página 21 en el original.

17 En el original: Pedro;

*vez en cuando, durante esta breve escena, cambia de pareja, de forma, que realmente baila con las tres al tiempo)*

DONCELLA 1.<sup>a</sup>.—¡Ay, qué hombre!

DONCELLA 2.<sup>a</sup>.—¡Es un gitano!

DONCE. 1.<sup>a</sup>.—¡Ay!

DONCE. 2.<sup>a</sup>.—¡¡Ay!!

*(Pasa a los brazos de Jaime que la acoge sonriendo. Lucía se reúne con la otra)*

LUCÍA.—Te digo que yo no sé lo que tiene en los ojos.

DONCE. 1.<sup>a</sup>.—¡Qué quieres que tenga! ¡Gancho para volverla a una loca! *(Pasa a los brazos de Jaime)* ¿Al señor le gusta esta música?

JAIME.—Al señor le gustas tú.

DONCE. 1.<sup>a</sup>.—¡Ay!

JAIME.—Y tú... y tú... ¡qué servidumbre!

LAS TRES.—¡¡Ay, señor!!

*(Surge Margarita en la zona del foco. Se suspende el baile, se acaba la música, las doncellas, consternadas, gritan y huyen)*

MARGARITA.—¡¡Jaime!!

JAIME.—¡Mi mujer!

LUCÍA.—¡La señora!

DONCE. 1.<sup>a</sup>.—¡Ay!

DONCE. 2.<sup>a</sup>.—¡¡Ay!!

*(Desaparecen las tres)*

MARGA.—¡Otra vez bailando con las criadas! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué desgracia! ¡Ay, qué sinvergüenza!

JAIME.—Margarita, no lo puedo remediar... Cuando era un criado me gustaba la señora, y ahora que me he casado contigo y soy un señor, ¡me gustan las criadas! ¡¡Es espantoso!!

MARGA.—*(Llorando desconsolada en el sillón)* ¡Quítate de mi vista! ¡No quiero verte más! ¡¡Vete!!

JAIME.—¡Margarita! ¡Chiquilla!

MARGA.—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué desgracia! ¡Ay, qué desgraciada soy!

(OSCURO TOTAL)

*(Una pausa. Cae de nuevo el foco de luz blanca sobre el sillón de Margarita. Ella, sentada, con un librito entre las manos, lee ensimismada. A su lado, Basilio, con su uniforme de siempre pero con la gorra puesta y guantes blancos. Tiene un ramo de flores en las manos. Ella ignora su presencia)*

BASILIO.—(Con la mano libre en la visera de la gorra. Saludando marcial y alegre)  
¡A la orden, princesa!

MARGA.—(Lee mientras sonrío) ¡Adieu! Je m'en vois a Angiers: -puisqu'elle ne me veult impartir sa grâce, il me convient de partir.<sup>18</sup> ¡Pobre François!

BASIL.—¡Azúcar!!

MARGA.—¿Eh? (Vuelve de su éxtasis) ¡Ah! Estabas ahí, Basilio.

BASIL.—(Se cuadra otra vez) ¡A mandar!

MARGA.—(Le mira de arriba abajo, disgustadísima) ¡Otra vez!<sup>19</sup> (Indignada) ¡Te he dicho cien veces que no quiero verte con ese uniforme! Ya no eres el chófer de la casa sino mi marido... ¿Te enteras, Basilio? ¡Mi marido!!

BASIL.—Es que así me encuentro a mis anchas. La costumbre. Además, yo soy tu marido, pero no quiero dejar libre la plaza de chófer. ¡Aquí no hay más chófer que yo! Si viene uno nuevo y se enamora de ti, lo mato y me pierdo. Tú les gustas a todos, prenda.

MARGA.—<sup>20</sup>No me llames prenda. Es una ordinariez. ¡Llámame Margarita!

BASIL.—(Amoroso) Es que no me acostumbro, rica.

MARGA.—(Casi llorando) No me llames rica.

BASIL.—¡Maldita sea! Voy a tener que aprender el francés. Oye, cielo...<sup>21</sup> Me he «pasao» la tarde en el garaje, «tirao», debajo del coche. Te hubiera «gustao» verme.

MARGA.—¡Oh!! Muchísimo.

18 En el original: Basil.—¡Sopla!! = Marga.—(Sonríe emocionadísima) Me voy a Angiers. Ya que ella no me da su gracia, debo partir...

19 En el original: ¿No te he dicho ya que no quiero verte con ese horrible uniforme? = Basil.—Mujer, ¿qué tienes que decir de mi uniforme? Con los guantes blancos estoy muy favorecido. Fíjate bien. Como que parezco un mariscal... ¡A la orden de la reina! ¡Eh? ¿Qué pasa?

20 En el original: ¡Basilio!

21 En el original: ¿Te gusta que te llame cielo? = Marga.—Regular. Porque lo dices como si dijeras icarne de mis carnes! = Basil.—(Feliz) Eso es verdad... Es que me tienes loco. ¿Qué has hecho esta tarde? = Marga.—No he salido... = Basil.—¡Uf! Yo

BASIL.—<sup>22</sup>Yo creía que el busilis estaba en la batería, pero ca. (*Ufano*) ¡Era el carburador!

MARGA.—(*Espantada*) ¡El carburador!

BASIL.—Como lo oyes. En un periquete, lo he «dejao» listo. Pero me he puesto... todo «tiznao».

MARGA.—¡Tiznao!! (*Horrorizada*) ¡Qué bruto eres, Basilio! Pero, ¡qué bruto!

BASIL.—Mucho. (*Orgullosa*) Muy bruto... (*En un raptó de entusiasmo*) ¡Para quererte, negra!

MARGA.—¡Ay, no me llames negra! ¡No me llames negra!! (*Llora desconsoladamente*) ¡No quiero que me llames negra!

BASIL.—(*Desesperado*) ¡Maldita sea!

MARGA.—¡Ay! ¡Negra, no! ¡Negra, no!

*(Llora. Basilio, desesperado, arroja al suelo las flores y les pega un puntapié)*

*(OSCURO TOTAL)*

*(Vuelven las luces a escena. Aparecen de nuevo, como estaban, Cándida, Lucía, Jaime, Pedro, Basilio y los cinco músicos. Pedro, Basilio y los cinco músicos, afectadísimos, sin duda, por los pronósticos de Cándida. Tienen una actitud y un gesto de desolación impresionante. Se han sentado con un tremendo abandono y una trágica desesperación. Los cinco músicos se consuelan unos a otros. Pedro, apoyado en algún mueble, o en un saliente de la pared se seca las lágrimas. Y la desesperación de Basilio es ya indescriptible. Cándida, en el centro, con un gesto inequívoco de dominar la situación. Una pausa)*

CÁNDIDA.—(*Con aire de triunfo*) ¿Qué? ¿Se han enterado? ¿Han comprendido lo que sucedería si uno cualquiera de ustedes se convirtiera en el marido de la señora? Y conste que no he exagerado nada... Estoy segura de que aún resultaría muchísimo peor. Conque, un poco de juicio ¡y a despertar! (*Marcha hacia el fondo y desde allí los contempla antes de salir*) ¡Pobrecitos! Se me parte el corazón. Como si no supiera una lo que es hacerse ilusiones...

22 En el original: El coche me tenía «disgustao» desde hace una temporada.

*(Sale. Los ocho hombres siguen inmóviles. Lucía entre ellos los observa. Una pausa. Al fin comienzan a mirarse entre sí)*

BASIL.—¡Maldita sea! La culpa la tienen las conveniencias sociales...

MUSI. 1.º.—¡Ya no tenemos esperanzas!

MUSI. 2.º.—Ni una. Igual nos pasó cuando nos enamoramos de Madeleine Carroll...<sup>23</sup>

PEDRO.—*(Dolorido)* Cómo está el mundo... ¡Los hombres de orden ya no son un buen partido!

JAIME.—*(Sonríe)* Esta bien, está bien, amigos. La señorita Cándida ha previsto lo que ocurriría si la señora se casara con uno de sus criados, o con uno de estos caballeros... Pero ignora en absoluto, lo que sucederá cuando la señora se case con Leonardo.<sup>24</sup>

*(Todos alzan la cabeza y le miran)*

TODOS.—¿Eh?

JAIME.—¡Queridos amigos! Ha llegado el momento más emocionante de esta noche. ¡Yo sé quién es Leonardo!

*(Todos avanzan hacia él y le rodean)*

TODOS.—¿Qué?

LUCÍA.—¿Qué dice usted?

BASIL.—*(Tremendo)* ¡Ay, Lucía, lo que estoy sospechando! ¡Ay, que me pierdo!

LUCÍA.—¡¡Quieto!!

JAIME.—Un poco de calma. No se exciten ustedes.

*(De la sorpresa se quedan todos paralizados, mirándole fijamente. Él cruza entre los demás, y golpea suave con los nudillos la puerta de la alcoba de Margarita)*

¡Señora!

BASIL.—¡Lucía, que de este no me fío nada!

JAIME.—Margarita, querida...

23 Actriz británica (1906–1987) muy popular en los años 1930 y 1940.

24 El original elimina una frase importante: se case con Leonardo. Y no olviden ustedes que Leonardo está aquí, en esta casa...

BASIL.—¡Que la está llamando querida! ¡Que esto es un abuso!

JAIME.—¡Margarita! Leonardo espera.

MARGA.—*(Dentro. Es un grito) ¡Ay!! (Se abre la puerta de la alcoba. Margarita se cubre con el mismo salto de cama del prólogo) ¡Jaime!*

JAIME.—¡Margarita!... *(Triunfal)* ¡Leonardo soy yo!

TODOS.—¿Qué?

MARGA.—*(Encantada. Feliz)* Tú, tú... Si lo sabía, si lo esperaba...

*(Y corre hacia él y cae en sus brazos. Un grito unánime)*

TODOS.—¡Leonardo!!

*(Rapidísima, como una flecha, surge Cándida del fondo y avanza hacia Jaime)*

CANDI.—¡Embustero!!

MARGA.—¡Tía Cándida!

JAIME.—¡Señorita!

CANDI.—¡Embustero!! ¡Embustero! ¡Embustero! ¡Usted no es Leonardo! ¡Si lo sabré yo!!

TODOS.—¿Cómo?

CANDI.—*(Furiosísima y solemne)* ¡Leonardo soy yo!!

*(Todos se inmovilizan)*

LOS MÚSICOS.—¡Ella!!

BASIL.—¡Mi madre!!

MARGA.—¿Te has vuelto loca?

CANDI.—¡Un cuerno! Quiero decir que Leonardo es cosa mía... ¡Que Leonardo no existe! ¡Que lo he inventado yo!

MARGA.—No, eso, no... ¡Eso, no!

CANDI.—¡Las cartas las he escrito yo!!

MARGA.—¡Ayyy! Entonces, Dios mío, si todo es mentira, ¿de quién me he enamorado yo?

*(Y se desmaya de nuevo sobre el sillón. Alboroto)*

CANDI.—¡Margarita! ¡Sobrino de mi alma!

LUCÍA.—¡Señora, señora!

PEDRO.—¡Se ha desmayado!

BASIL.—¡Otra vez!

MUSI. 1.º.—¡Un médico!

LOS CINCO.—¡Un médico!...

*(Velocísimos intentan rodearla)*

CANDI.—¡Fuera! No se acerque nadie. ¡Largo de aquí! Déjenme sola con ella... ¡A la calle!

LUCÍA.—Señora, señora, por Dios...

PEDRO.—¡Señorita Margarita!

CANDI.—¡Largo! Todos a la calle. ¡¡Todos despedidos!!

TODOS.—¡Despedidos!

CANDI.—¡Fuera he dicho! A la calle, a la calle...

MUSI. 1.º.—¡Nos echan! Esto no nos había pasado nunca...

MUSI. 2.º.—¡¡Nunca!!

*(Salen)*

PEDRO.—¡Despedidos! ¡Qué horror! Pero, hombre, ¿cómo se le ha ocurrido a usted ese truco?

JAIME.—*(Mira muy enamorado a Margarita y suspira)* Por si pasaba. Pero no ha pasado...

*(Salen los dos. Margarita continúa sin conocimiento. A su lado, la socorre Basilio; al salir, emocionadísimo, corre hasta Lucía y se la lleva aparte)*

LUCÍA.—¡Pobre Basilio! Siento muchísimo el despido...

BASIL.—¡Ca! Me marchó pero volveré... Se me ha ocurrido una idea para conquistar a la señora...

LUCÍA.—*(Aterrada)* ¿Qué va usted a hacer, Basilio?

BASIL.—Es una idea que no falla. ¡Maldita sea! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Adiós, Lucía. Cuídeme usted a la señora. No la deje usted tomar «foie-gras» que la sienta muy mal...<sup>25</sup> Hasta la vuelta, Lucía. Y cuidado con el «foie-gras», que la señora es muy golosa...

25 En el original: ¡Ah! Si la señora pide un fontanero para arreglar el agua fría del baño, no la haga usted caso; he roto yo la cañería porque la ducha fría no le va. Siempre se acatarra.

*(Se va muy contento. Lucía le sigue. Cándida, junto a Margarita, está muy apurada)*

CANDI.—¡Margarita! ¡Soy yo! ¡Leonardo! Digo, la tía Cándida. ¿Me escuchas? Todo lo hice por ti. Cuando murió tu marido, te reclusiste aquí, entre estas paredes; decías que jamás amarías a otro hombre... ¡Y eras una niña de veintidós años, Margarita! Yo me volvía loca... En aquellos días emprendí viaje.<sup>26</sup> Desde París, se me ocurrió la idea de escribirte aquella primera carta. Y me salió tan bien... La firmé con el nombre de Leonardo porque es un nombre por el que siempre he tenido debilidad. A mí, un hombre que se llamara Leonardo me hubiera conquistado en seguida. *(Transición)* Claro que también me hubiera conquistado otro que se llamara Federico...

*(Durante el monólogo anterior Margarita ha ido abriendo los ojos lentamente. Ya incorporada, oye las palabras de la tía Cándida con creciente estupefacción)*

Luego fui a Viena y te escribí en un restaurante. Volví a París y te puse un telegrama desde la Torre Eiffel. Acabé enviándote cartas de Leonardo de todas partes. ¡Y qué cosas te decía, Margarita!<sup>27</sup> De eso no tendrás queja. ¡Qué ingenio! ¡Qué manera de hacer el amor! Como que yo hacía decir a Leonardo todo lo que a mí me hubiera gustado que me dijeran...

MARGA.—*(Con los ojos muy abiertos)* Pero, si aún no puedo creerlo... ¿Y aquel telegrama de Hollywood?

CANDI.—Para despistar. Lo puso el consul de España que es mi primo.<sup>28</sup>

MARGA.—¿Y el vestido de Margarita?

26 En el original: ¡Margarita! ¡Soy yo! ¡Yo!! ¡Leonardo! Digo, la tía Cándida. ~~Vuelve, Margarita. ¿Me escuchas? Todo lo hice por ti. ¿Me oyes? ¡Chiquilla de mi alma!~~ Cuando murió tu marido, te reclusiste aquí, entre estas paredes; decías que ~~no querías nada con el mundo;~~ que jamás amarías a otro hombre... ~~Deseebas la muerte a todas horas.~~ ¡Y eras una niña de veintidós años, Margarita! Yo me volvía loca... ~~¿Respiras ya, Margarita? No podía soportar la idea de verte consumir tu juventud llorando toda tu vida el recuerdo de tu marido.~~ En aquellos días emprendí viaje.

27 En el original: ~~Tú no sabías dónde me encontraba yo. Pensé que una carta de París, firmada por un hombre desconocido, te intrigaría y hasta te divertiría un poco.~~ Luego fui a Viena y te escribí en un restaurante. ~~a la orilla del Danubio, que por cierto no es tan azul como dicen.~~ Volví a París y te puse un telegrama desde la Torre Eiffel. Acabé enviándote cartas de Leonardo de todas partes. ~~Y si supieras que yo misma me hacía la ilusión de que Leonardo no era yo.~~ ¡Y qué cosas te decía, Margarita!

28 En el original: mi primo. ~~Lo que se divirtió...~~



CANDI.—Lo compré en París. Carísimo. El anticuario decía que era el que llevó en sus últimos momentos la Dama de las Camelias... De esos no le quedaban más que seis.<sup>29</sup>

MARGA.—¡Tía Cándida! ¡Qué embustera eres!

CANDI.—Muchísimo, hijita. Soy una chiflada.<sup>30</sup> Ya lo sé.

MARGA.—¿No crees que has ido demasiado lejos? Me has hecho enamorarme de un hombre que no existe.

CANDI.—¡Sobrina! No es mía toda la culpa.<sup>31</sup> Hace falta fantasía para inventar un hombre que no existe, pero, mire usted que para enamorarse de él...

MARGA.—(*Una lágrima*) ¡Era tan maravilloso! ¡Era el hombre ideal!

CANDI.—Mujer... Puesta a inventar no iba a hacer que Leonardo fuera de Ferrocarriles.<sup>32</sup> (*La acaricia*) Tú ya has aprendido lo que quería que aprendieras: que no se puede vivir sin ilusiones... ¿En qué piensas, Margarita?

MARGA.—En aquel telegrama de París. Nunca recibiré otro tan hermoso: «Las estrellas se han reunido en el cielo para dibujar un nombre: Margarita».

CANDI.—Anda... Pues estuve a punto de ponerte otro desde la Torre inclinada de Pisa para decirte que se había puesto derecha. A mí, los monumentos públicos me inspiran muchísimo.<sup>33</sup> Claro que esta noche, cuando llegué aquí, quise decírtelo todo. Pero estabas tan ilusionada con Leonardo que lo veías en todos los hombres que te rodeaban. Y no tuve valor. Dios mío, cuando pienso que mañana hubieras tirado ese tabique para hacer el despacho de Leonardo.

MARGA.—¡No me recuerdes!

29 En el original: seis. = Marga.—(*Desconsolada*) ¿Es posible que todo sea mentira? ¿Es posible que Leonardo no exista en absoluto? = Candi.—(*Baja los ojos*) Sí, Margarita.

30 En el original: hijita. ~~Es que como tengo esta imaginación, y estoy tan sola, no hago más que pensar en cosas así...~~ Soy una chiflada

31 En el original: culpa. ~~Reconoce que si yo tengo mucha imaginación la tuya no es pequeña. Hace falta fantasía para inventar un hombre que no existe, pero, mire usted que para enamorarse de él... Vamos, y que tú te has enamorado como una loca.~~

32 En el original: Ferrocarriles. ~~Sí, pero~~ (*La acaricia*) ~~No me guardes rencor. No me riñas. No volveré a mentir. Pero~~ Tú ya has aprendido lo que quería que aprendieras: ~~que no es posible renunciar a la vida; que no se puede vivir sin ilusiones...~~

33 En el original: muchísimo. = Marga.—¿Por qué me hiciste organizar una fiesta en honor de un enamorado que no existía? = Candi.—~~Porque quise que esta fiesta fuera el fin de tu luto. Y lo he conseguido. Mañana, ya no sabrías volver a tu soledad...~~ Claro que esta noche, cuando llegué aquí, quise decírtelo todo. Pero estabas tan ilusionada con Leonardo que lo veías en todos los hombres que te rodeaban. Y no tuve valor. ~~Me dio miedo.~~ Dios mío,

CANDI.—Mañana pensaba descubrirte toda verdad. Pero tus criados, que están locos por ti, han estropeado todos mis planes.<sup>34</sup> Ese desahogado. ¡Atreverse a decir que era Leonardo! Por cierto, eres una ingenua. Te lo creíste en seguida y caíste en sus brazos...

MARGA.—No soy una ingenua. Es que deseaba con toda mi alma que Jaime fuera Leonardo...

CANDI.—¡Hola!

MARGA.—Sí, tía. Desde que llegó, sospeché que él pudiera ser Leonardo. Y claro, como Jaime es así... Y tiene tan buen aspecto. Y como tengo esta imaginación. Pues resulta que lo que me sucede ahora es mucho más grave que cuando estaba enamorada de Leonardo. ¡Resulta que Jaime me gusta muchísimo!

CANDI.—(*Aterrada*) ¡Qué espanto! Y lo acabo de despedir.

MARGA.—¿Qué lo has despedido?

CANDI.—¡Los he despedido a todos! Pobrecillos: están tan enamorados que no se me ha ocurrido otra solución para librarlos de ti...

*(En el fondo aparece Jaime, tranquilísimo, como si no hubiera ocurrido nada)*

JAIME.—Con permiso.

CANDI.—Calla... Pues no se ha ido.

JAIME.—El coche de la señorita espera.

CANDI.—¡Caramba! Y además el que me echa es él. Es de un desahogo...

MARGA.—(*Bajo*) Como Leonardo.

CANDI.—(*Transición*) ¿Qué hace usted aquí? ¿No he despedido a todos?

JAIME.—Sí, señorita. Pero es inútil. Yo no me voy. Si la señora me despide recurriré al Sindicato...

CANDI.—¿Eh?

MARGA.—(*Bajo*) Tía, por Dios. Que lo del Sindicato es un conflicto...

JAIME.—Sí, señorita. La señorita me despide porque estoy enamorado de la señora. Y que yo sepa, el despido por amor, no figura en las Bases...

CANDI.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Que este es muchísimo más fresco que Leonardo...

MARGA.—Entonces, ¿hasta cuándo piensa usted servir en mi casa?

JAIME.—(*Finísimo*) Poco tiempo. ¡Hasta que me case con la señora!

CANDI.—¡¡Margarita!!

34 En el original: planes. *Encerrar a un pobre señor en el garaje creyendo que era Leonardo... Sospechaban de todo el mundo, sospechaban de ellos mismos. Y no digamos, Ese desahogado.*

MARGA.—(*Muy bajo. Débilmente*) ¡Jaime!

JAIME.—Señora...

MARGA.—(*Sin mirarle*) Hace un rato iba usted a soñar con nuestra boda. ¿Cómo resultó la ceremonia?

JAIME.—¡Oh! Magnífica. Yo estaba un poco nervioso.<sup>35</sup> Cuando comenzó la marcha nupcial la señora me dijo al oído, muy bajito: «Te adoro, Jaime».<sup>36</sup>

MARGA.—No me extraña. Yo soy muy romántica. Y en las bodas, ya se sabe, se emociona todo el mundo: hasta la novia.

JAIME.—(*Suspira*) La señorita Cándida era la madrina.

CANDI.—¡Ca! Se confunde usted.

JAIME.—La señorita Cándida estaba elegantísima...

CANDI.—¡Hola! Entonces, sí, era yo. (*Transición*) ¡Este tiene más imaginación que nosotras!

JAIME.—(*Da unos pasos*) No lo dude la señora. Me casaré con la señora, y la señorita Cándida será la madrina. Yo cuando me propongo algo lo consigo. Hace tres años, cuando me enamoré de la señora no era un camarero. Era un pobre muchacho Ingeniero<sup>37</sup> de Caminos que asistía a su primera fiesta. Desde entonces la he seguido de cerca y de lejos, más enamorado cada día... Anoche soborné<sup>38</sup> al criado que venía de la agencia y me presenté en su puesto. Me pareció una manera muy original de llegar hasta aquí. Yo soy muy original. Ya me irá usted conociendo...<sup>39</sup>

MARGA.—¡Tía Cándida! Dile que no se vaya. (*Ruborizada*) Lo hago por lo del Sindicato, ¿comprendes?

CANDI.—¡Ah, ya! ¡Me lo figuraba, hijita!

JAIME.—(*Tiende los brazos en los que se refugia Margarita*) ¡Margarita! ¡Al fin!

35 En el original: nervioso. *La señora a mi lado, suave, emocionada, con su ramo de flores blancas en las manos. Cuando comenzó*

36 En el original: Jaime». = Marga.—¿Así? = Jaime.—¡Así! = Marga.—No me extraña.

37 En el original: muchacho *estudiante*-Ingeniero

38 En el original: Anoche *me presenté en su casa sobornando al criado*-soborné

39 En el original: conociendo... = Marga.—¡Ay! ¿Oyes, tía Cándida? = Candi.—Te diré. = Jaime.—Anoche soborné al criado que venía de Agencia y me presenté en su puesto. Me divertía llegar de este modo a los pies de la señora, casi, casi, como aquella noche del Club Náutico... Pero al llegar aquí, me encontré con que la señora esperaba a Leonardo. (*Tuerce el gesto*) Me sentó muy mal. = Candi.—¡Claro! = Marga.—¡Le sentó muy mal! Se comprende. = Jaime.—Pero me quedé. Supongo que a la señora no le importará nuestra diferencia de clase. Estas cosas hoy tiene poco valor. Está todo tan revuelto que es un asco. A mí me fastidia porque soy conservador, pero en el fondo me conviene porque he sido camarero...

*(Por la embocadura del fondo cruza de izquierda a derecha, Pedro. Lleva gabán, sombrero hongo y una maleta en la mano. Se detiene un segundo y ve a Margarita en los brazos de Jaime. Alza los ojos al cielo y suspira)*

PEDRO.—¡Si el difunto señor levantara la cabeza!

*(Sale. Los demás personajes naturalmente no le han visto)*

MARGA.—*(Se vuelve hacia Cándida)* ¡Tía! ¿No crees que a veces, en la vida, se encuentra a Leonardo?

CANDI.—No lo sé, hija mía. Leonardo es quien nosotras queremos que sea... Para algo tenemos la imaginación... *(Mira a Jaime y suspira)* Lo que sí sé es que algunos saben llegar a tiempo...<sup>40</sup>

*(Entra Lucía apresuradamente)*

LUCÍA.—¡Señora! ¡Señorita!<sup>41</sup> ¡Basilio!

TODOS.—¿Qué?

LUCÍA.—Basilio, que antes de irse ha dejado esta carta para la señora... Dice que es muy urgente.

MARGA.—¿Una carta urgente? Trae. *(La abre, la lee y casi se le cae de las manos)*  
¡Ay, léela tú, tía Cándida!

CANDI.—Dame... *(Lee)* «Señora, yo soy Basilio el chófer. La presente sirve para decirle que estoy enamorado de usted...».

TODOS.—¡Oh!

*(Ríen)*

LUCÍA.—¡Toma! Por lo visto esta es la idea que se le había ocurrido...

CANDI.—*(Sigue leyendo)* «Y que he «pensao» conquistarla como Leonardo, escribiéndole todos los días un anónimo como este. Ahora me voy a correr el mundo, pero vuelvo. Hasta luego. Suyo que lo es, Basilio».

TODOS.—*(Ríen)* ¡¡Oh!!

40 En el original: tiempo... *(Una transición)* Bueno: ¿quiere usted decirme por qué demonios se le ocurrió decir que era Leonardo? = JAIME.—¡Pche! Un recurso para que saltara el auténtico Leonardo... Ya había perdido las esperanzas.

41 En el original: Señorita! Marga.—¿Qué pasa, Lucía? = Lucía.

CANDI.—(*Furiosa*) ¡Qué bandido! Dice que se le ha ocurrido una idea y es la mía...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**